Heraldos del Evangelio

N.° 264 - Julio 2025

Convivencia en la que reina Dios

Günter Seggebäing (CC by-sa 3.0)

Reproducción

En las llamas del divino amor

Estaba yo, la mañana de la fiesta del Corazón de Jesús, rezando en la capilla [del castillo de Darfeld] ante la imagen que tanto había amado de niña. […] El Santísimo Sacramento se hallaba expuesto. La imagen, en medio de flores y velas, quedaba tan cerca del altar, en el lado del Evangelio, que cuando rezaba ante la imagen, veía también con la misma mirada la sagrada hostia en la custodia.

Digo esto porque ya al principio expliqué que nunca pude separar el Corazón de Jesús de la Sagrada Eucaristía, pues aquí está verdaderamente presente aquel Santísimo Corazón como parte del preciosísimo cuerpo del Señor. La imagen representaba a los ojos corporales lo que la fe mostraba a los ojos del alma, y mi corazón estaba abrasado en las llamas del divino amor.

Acababa de comulgar, toda unida al Señor, embriagada de las delicias de su Corazón, cuando me dijo, no con una voz que resonara en mis oídos, sino con esa voz interior que entonces aún no conocía y que hoy me es tan familiar: «Serás esposa de mi Corazón».

No sé decir qué sentí. Me quedé enterrada, aniquilada, confundida y, al mismo tiempo, inundada por los torrentes de su amor. Qué momentos tan felices: ¡esposa de su Corazón! Pero ¿cómo, cuándo, y yo tan pobre, tan miserable? Oh, Jesús mío, sólo tú sabes lo que ha pasado entre nosotros, y nadie jamás lo entenderá.

Beata María del Divino Corazón.
Autobiografia. Lisboa: Congregação de Nossa Senhora da Caridade do Bom Pastor, 1993, pp. 47-48.

Castillo de Darfeld, Rosendahl (Alemania); en el destacado, la Beata María del Divino Corazón con 15 años

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XXIII, nº 264, Julio 2025

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Publicado por:
Heralds of the Gospel Foundation
P.O. Box 42359
Houston, TX 77242
United States of America
Phone: 281-676-8526
E-mail: hgmag@heraldsusa.org
www.heraldsusa.org

Virgin of Fatima Association
P. O. Box 698
Nobleton, ON L0G 1N0
Canadá
Phone: 1-800-674-3410
www.virginfatima.org
E-mail: vfa@virginfatima.org
Canadian Publications Mail,
Sales Agreement No. 40035333

Futuro y Vida AC
Av. Parque Vía Reforma # 1950
Lomas de Chapultepec
Alc. Miguel Hidalgo
C.P. 11000 - Ciudad de México
México
Tel: 552591.9161
E-mail: respuestas@heraldosmexico.org

Impreso en Brasil
Laser Press Gráfica e Editora Ltda
Rua Mateo Forte, nº 55 - Água Branca
São Paulo - CEP: 05038-160
CNPJ: 64.907.926/0001-48
Tel: +55 11 3823-3000

© 2025 Heraldos del Evangelio. Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción de cualquier artículo, siempre que se acredite la fuente y se envíe una copia a la Revista Heraldos de Evangelio. La responsabilidad por lo expresado en los artículos y notas es estrictamente de sus autores.

Para suscribirse, póngase en contacto con cualquiera de las direcciones indicadas anteriormente.

SUMARIO

→ PREGUNTAN LOS LECTORES 4

→ EDITORIAL
Vivir es estar juntos 5

→ LA VOZ DE LOS PAPAS
La misión más importante 6

→ LA LITURGIA DOMINICAL
El valor de tener el nombre inscrito en el Cielo 8
«Haz esto y vivirás» 9
Lecciones de una paternal reprensión 10
Rezar en el tiempo, para convivir en la eternidad 11

→ TESOROS DE MONS. JOÃO
Sinfonía de admiración y jerarquía 12

→ TEMA DEL MES – LA FAMILIA
El sacramento del matrimonio - Un misterio de amor y unión comunicado a los hombres 16
La educación de los hijos - El gran desafío para los padres 20

→ SANTO TOMÁS ENSEÑA
Honrar a los padres: un deber sagrado 23

→ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS
El tejido social perfecto 24

→ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA
Duquesa Sofía Chotek von Hohenberg - La fidelidad conyugal llevada al extremo 28
Martirio de los hermanos Justo y Pastor - La santidad no conoce edad 32

→ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?
Hijos: ¿opción o misión? 35

→ VIDAS DE SANTOS
San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen María - Por su fruto los conoceréis 36

→ DOÑA LUCILIA
Correcciones maternas 40

→ HERALDOS EN EL MUNDO 42

→ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA
El santo abandono - ¿Y el día de mañana? 46

→ ¿SABÍAS... 49

→ TENDENCIAS Y MENTALIDADES
Ornato y luz primordial 50

Francisco Lecaros

12 Una Familia bajo el signo de la pasión y el triunfo

Rosa de la Torre

20 Hijos... ¿cómo educarlos?

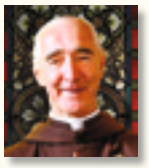
Reproducción

28 Ni la muerte los separó...

wA.odl (CC by-as 2.0)

50 Cubrir el cuerpo para revelar el alma

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



P. Ricardo José Basso, EP

¿Pueden los ángeles crear cosas o seres materiales? ¿O nos inducen a percibirlos por los sentidos y representarlos en la imaginación?

Antonio Borda – Bogotá

Sólo Dios tiene el poder de crear. Otros seres, por muy sublimes y poderosos que sean, son incapaces de hacerlo.

Sin embargo, en ciertos casos, algunos ángeles se manifestaron de manera perceptible a los sentidos humanos. Por ejemplo, cuando fueron vistos por Abrahán, Lot, Tobías y varios otros. A la luz de estas apariciones descritas en la Sagrada Escritura, Santo Tomás afirma: «Como quiera que los ángeles ni son cuerpos ni están unidos naturalmente a los cuerpos, como dijimos, hay que concluir que, algunas veces, toman cuerpo» (*Suma Teológica*. I, q. 51, a. 2).

Las razones teológicas para explicar este portentoso hecho son muy concluyentes: «Los ángeles no necesitan tomar cuerpo para su propio bien, sino para el nuestro. Al convivir familiarmente con los hombres y conversando con ellos forman una comunidad de comprensión que es la que los hombres esperan formar con ellos en la vida futura. El hecho de que en el Antiguo Testamento los ángeles hayan tomado cuerpo, fue como una figura anticipada de que la Palabra de Dios iba a tomar cuerpo humano. Pues todas las apariciones del Antiguo Testamento están orientadas a aquella otra aparición por la que el Hijo de Dios apareció carnalmente» (ad 1).

Para el Doctor Angélico, el modo en el que el ángel forma un cuerpo sería, según los conocimientos científicos del siglo XIII, la condensación del aire efectuada por el poder divino en la medida necesaria para formar el cuerpo que el ángel iba a tomar (cf. ad 3).

No obstante, los ángeles también pueden representar en nuestra imaginación la verdad inteligible mediante imágenes sensibles, como proyectadas en nuestra fantasía. Posteriormente, fortalecen nuestro entendimiento para que comprendamos el significado de esas figuras. Ésta es la manera en la que los ángeles iluminan a los hombres (cf. q. 111, a. 1).

Quisiera que me sacara de dudas: ¿es pecado que una persona se imagine pecando, aunque no lo esté cometiendo físicamente?

Raissa Silva – Vía correo electrónico

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (cf. 2517) nos enseña que el corazón humano es la sede de la personalidad moral: «Del corazón salen pensamientos perversos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias» (Mt 15, 19).

Por lo tanto, debemos aspirar a vivir la sexta bienaventuranza, la cual promete a los limpios de corazón que verán a Dios (cf. Mt 5, 8). Según el propio catecismo, «los "corazones limpios" designan a los que han ajustado su inteligencia y su voluntad a las exigencias de la santidad de Dios, principalmente en tres dominios: la caridad (cf. 1 Tim 4, 3-9; 2 Tim 2 , 22), la castidad o rectitud sexual (cf. 1 Tes 4, 7; Col 3, 5; Ef 4, 19), el amor de la verdad y la ortodoxia de la fe (cf. Tit 1, 15; 1 Tim 3-4; 2 Tim 2, 23-26)» (2518).

Por lo tanto, pecar en el corazón consintiendo malos deseos o imaginaciones deshonestas es un pecado tan grave como si se hubiera realizado exteriormente, como nos enseña el divino Maestro en el Evangelio: «Todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (Mt 5, 28).

Vivir es estar juntos

La familia está en la raíz de la creación, pues no convenía que el primer hombre estuviera solo (cf. Gén 2, 18). Por eso el Omnipotente unió a Adán y Eva en una sola carne, para que poblaran la tierra (cf. Gén 2, 24; 1, 28). Jesucristo elevó esta unión a la categoría de sacramento, el cual ha sido comparado a su connubio con la Iglesia (cf. Ef 5, 31-32).

Este consorcio no es una mera abstracción. Como en el pasado, «el mundo de hoy necesita la alianza conyugal para conocer y acoger el amor de Dios, y para superar, con su fuerza que une y reconcilia, las fuerzas que destruyen las relaciones y las sociedades» (León XIV. *Homilía*, 1/6/2025).

¿Qué fuerza unifica al matrimonio y qué fuerzas lo disgregan? No es ningún secreto que la Revolución, en sus múltiples metamorfosis, constituye el factor más decisivo en la disolución conyugal.

En los movimientos cismáticos del siglo XVI, por naturaleza separatistas, el divorcio ya constituía un núcleo de disgregación social. Un ejemplo paradigmático fue el del rey Enrique VIII de Inglaterra, que rompió el pacto conyugal y, con él, la comunión con Roma. También Lutero, al reducir el casamiento a una institución meramente terrena, avaló la separación matrimonial.

En cuanto a la Revolución francesa, el diplomático francés Talleyrand comentó que la gente, antes de ella, todavía era amiga de la familia y, después, se volvió amiga del individualismo. El creciente secularismo del siglo XIX no hizo sino acentuar la concepción del casamiento como consorcio civil, desvinculándolo de la religión.

La Revolución comunista confinó aún más la esencia del matrimonio, apelando a categorías meramente económicas, y reprochó *pari passu* su supuesta «opresión».

La llamada «revolución cultural» del siglo XX se nutrió de elementos marxistas y de la libertina rebelión estudiantil de mayo de 1968. Esta última, con lemas como «Ni Dios ni amo» y «La imaginación ha tomado el poder», pregonaba que era necesario superar convenciones tradicionales como la familia.

La historia nos muestra lo desastroso que han sido todos esos tipos de disgregación. La ruina de la familia ha precedido siempre a la decadencia de una sociedad. Como bien señala el sumo pontífice, hemos de retornar al matrimonio como factor agregatorio, bajo la égida del amor a Dios.

El arquetipo de la familia se encuentra en la Casa de Nazaret. Sin embargo, para discernir mejor la necesidad de «sobrenaturalizar» el matrimonio, vale la pena recurrir al ejemplo concreto de los padres de Santa Teresa del Niño Jesús: Luis y Celia Martin, que fueron canonizados *juntos*. Ambos estaban convencidos de que tenían que santificarse *juntos*. Por eso, iban a misa *juntos*, rezaban *juntos*, sufrían *juntos* y *juntos* formaron un hogar genuinamente católico, es decir, un espejo de la Patria celestial. Razón por la que Santa Teresa se regocijaba: «Dios me ha dado un padre y una madre más dignos del Cielo que de la tierra» (*Carta 261*).

Contrariamente a lo que propugna una visión naturalista, revolucionaria e incluso mezquina del matrimonio, éste debe configurarse como una participación de la sagrada convivencia que los santos disfrutan en la visión beatífica. En efecto, en la morada celestial ya no hay egoísmos ni disgregaciones; es el lugar de la plena armonía, donde todos *juntos* glorifican al Padre, «de quien toma nombre toda paternidad en el Cielo y en la tierra» (Ef 3, 15).

Por lo tanto, en la Patria —«en el lugar del Padre»— es donde se consumará el lema de una noble madre y esposa católica, Lucilia Corrêa de Oliveira: «Vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien».

La Sagrada Familia - Iglesia de San Miguel de los Navarros, Zaragoza (España)

Foto: Francisco Lecaros

La misión más importante

En los primeros años de vida de los niños, se lanzan las bases y el fundamento de su futuro. Por eso mismo, los padres tienen que comprender la importancia de su misión a este respecto. En virtud del bautismo y del matrimonio son ellos los primeros catequistas de sus hijos: en efecto, educar es continuar el acto de la generación.

Aumenta la exigencia de una educación verdadera

Todos nos preocupamos por el bien de las personas que amamos, en particular por nuestros niños, adolescentes y jóvenes. En efecto, sabemos que de ellos depende el futuro de nuestra ciudad. Por tanto, no podemos menos de interesarnos por la formación de las nuevas generaciones, por su capacidad de orientarse en la vida y de discernir el bien del mal, y por su salud, no sólo física sino también moral.

Ahora bien, educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los profesores, los sacerdotes y todos los que tienen responsabilidades educativas directas. Por eso, se habla de una gran «emergencia educativa», confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos. […]

Hoy aumenta la exigencia de una educación que sea verdaderamente tal. La solicitan los padres, preocupados y con frecuencia angustiados por el futuro de sus hijos; la solicitan tantos profesores, que viven la triste experiencia de la degradación de sus escuelas; la solicita la sociedad en su conjunto, que ve cómo se ponen en duda las bases mismas de la convivencia; la solicitan en lo más íntimo los mismos muchachos y jóvenes, que no quieren verse abandonados ante los desafíos de la vida.

Fragmentos de: Benedicto XVI. *Carta*, 21/1/2008.

Una misión primordialmente de los padres

En los primeros años de vida de los niños, se lanzan las bases y el fundamento de su futuro. Por eso mismo, los padres tienen que comprender la importancia de su misión a este respecto. En virtud del bautismo y del matrimonio son ellos los primeros catequistas de sus hijos: en efecto, educar es continuar el acto de la generación.

Los niños tienen necesidad de aprender y de ver a sus padres que se aman, que respetan a Dios, que saben explicar las primeras verdades de la fe, que saben exponer el «contenido cristiano» en el testimonio y en la perseverancia «de una vida de todos los días vivida según el Evangelio». […]

Que no suceda, amadísimos padres que me escucháis, que vuestros hijos lleguen a la madurez humana, civil y profesional, quedando niños en asuntos de religión. No es exacto decir que la fe es una opción para realizar en la edad madura. La verdadera opción supone el conocimiento; y nunca podrá haber elección entre cosas que no fueron propuestas sabia y adecuadamente.

Fragmentos de: San Juan Pablo II. *Homilía*, 5/7/1980.

La fe se transmite con la vida

Por eso, con el corazón lleno de gratitud y esperanza, a ustedes esposos les digo: el matrimonio no es un ideal, sino el modelo del verdadero amor entre el hombre y la mujer: amor total, fiel y fecundo. Este amor, al hacerlos «una sola carne», los capacita para dar vida, a imagen de Dios.

Por tanto, los animo a que sean para sus hijos ejemplos de coherencia, comportándose como desean que ellos se comporten, educándolos en la libertad mediante la obediencia, buscando siempre su propio bien y los medios para acrecentarlo. […] En la familia, la fe se transmite junto con la vida, de generación en generación: se comparte como el pan de la mesa y los afectos del corazón. Esto la convierte en un lugar privilegiado para encontrar a Jesús, que nos ama y siempre quiere nuestro bien.

Fragmentos de: León XIV. *Homilía*, 1/6/2025.

Deber de corregir ideas y opciones equivocadas

Llegamos al punto quizá más delicado de la obra educativa: encontrar el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina. Sin reglas de comportamiento y de vida, aplicadas día a día también en las cosas pequeñas, no se forma el carácter y no se prepara para afrontar las pruebas que no faltarán en el futuro. […]

A medida que el niño crece, se convierte en adolescente y después

en joven; por tanto, debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudarle a corregir ideas y decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es secundarlo en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano.

Fragmentos de:
Benedicto XVI.
Carta, 21/1/2008.

Educación para discernir entre el bien y el mal, la verdad y el error

Procurad que vuestros niños y vuestros jóvenes, a medida que van progresando en el camino de los años, reciban también una instrucción religiosa cada vez más amplia y más fundamentada. […] Contraponed a la escasez de principios de este siglo, que todo lo mide por el criterio del éxito, una educación que haga al joven capaz de discernir entre la verdad y el error, el bien y el mal, el derecho y la injusticia. […]

Pero nunca se os olvide que a esta meta no se puede llegar sin la potente ayuda de los sacramentos de la confesión y de la santísima eucaristía, cuyo sobrenatural valor educativo jamás podrá ser apreciado debidamente.

Fragmentos de: Pío XII.
Radiomensaje, 6/10/1948.

Alimento de la virtud y freno de los apetitos desordenados

Aquellos cuya primera edad no se forma en la religión, crecen sin ningún conocimiento de las más grandes cosas: las únicas que pueden por sí solas alimentar en los hombres el amor a la virtud y frenar los apetitos contrarios a la razón. […]

Sean para sus hijos ejemplos de coherencia, busquen su bien y los medios para acrecentarlo

«Oración antes de la comida», de Theodor Christoph Schüz - Galería Nacional de Stuttgart (Alemania)

Si se desconoce esto, toda la cultura del espíritu se volverá malsana: los adolescentes, poco acostumbrados al temor de Dios, no podrán resistir ninguna norma de vida moral, y no habiéndose opuesto nunca a sus pasiones, serán muy fácilmente inducidos a perturbar el Estado.

Fragmentos de: León XIII.
Nobilissima gallorum gens,
18/2/1884.

Es falsa la instrucción que excluye la formación sobrenatural

Es, por tanto, necesario desde la infancia corregir las inclinaciones desordenadas y fomentar las tendencias buenas, y sobre todo hay que iluminar el entendimiento y fortalecer la voluntad con las verdades sobrenaturales y los medios de la gracia, sin los cuales es imposible dominar las propias pasiones y alcanzar la debida perfección educativa de la Iglesia, que fue dotada por Cristo con la doctrina revelada y los sacramentos para que fuese maestra eficaz de todos los hombres.

Por esta razón es falso todo naturalismo pedagógico que de cualquier modo excluya o merme la formación sobrenatural cristiana en la instrucción de la juventud; y es erróneo todo método de educación que se funde, total o parcialmente, en la negación o en el olvido del pecado original y de la gracia, y, por consiguiente, sobre las solas fuerzas de la naturaleza humana.

Fragmento de: Pío XI.
Divini illius Magistri,
31/12/1929.

Y nociva la que aleja de Cristo

Una educación de la juventud que se despreocupe, con olvido voluntario, de orientar la mirada de la juventud también a la patria sobrenatural, será totalmente injusta tanto contra la propia juventud como contra los deberes y los derechos totalmente inalienables de la familia cristiana; y, consiguientemente, por haberse incurrido en una extralimitación, el mismo bien del pueblo y del Estado exige que se pongan los remedios necesarios. […]

Y ¿qué escándalo puede haber más dañoso, qué escándalo puede haber más criminal y duradero que una educación moral de la juventud dirigida equivocadamente hacia una meta que, totalmente alejada de Cristo, «camino, verdad y vida», conduce a una apostasía oculta o manifiesta del divino Redentor?

Fragmentos de: Pío XII.
Summi pontificatus,
20/10/1939.

6 de julio – XIV Domingo del Tiempo Ordinario

El valor de tener el nombre inscrito en el Cielo

P. Millon Barros de Almeida, EP

Ni ser ni hacer; el mundo de hoy sólo busca parecer. Éste no es el verdadero medio de apostolado indicado por el divino Maestro

En todos los tiempos, los hombres han establecido referencias con las que evaluar su entorno. Estos patrones son también indicativos de lo que cada época considera importante, valioso y digno de respeto. En nuestros días, ¿cuál es la «tabla de valores» con la que juzgamos algo?

¿Cómo no darse cuenta de que el contenido, la autenticidad e incluso la probidad son puestos en un segundo plano o sacrificados a menudo para uno obtener simplemente mucha visibilidad y, por tanto, ser considerado «importante»? Para muestra, las redes sociales y otros medios de «información» hodiernos. Ya no importa el ser, ni el hacer; lo único que vale es parecer. Sin embargo, bien distinta es la escuela de apostolado que la Santa Iglesia nos propone en la liturgia de hoy.

En el Evangelio de este decimocuarto domingo del Tiempo Ordinario, Nuestro Señor Jesucristo envía a sus discípulos a la primera misión apostólica y, ya en sus recomendaciones, les previene contra la tendencia a poner la confianza en los bienes de este mundo: «No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias» (Lc 10, 4). No interesa tener o parecer, hay que ser. El objeto de la predicación también indica su trascendencia: «Decidle a la gente: "El Reino de Dios ha llegado a vosotros"» (Lc 10, 9). La preocupación central del apóstol no debe consistir en ser bienquisto o aceptado por sus oyentes, sino en anunciar la Buena Noticia.

Al mismo tiempo, Jesús les enseña cómo, en cierto modo, se convertirán en jueces de aquellos a quienes predican, si lo hacen con autenticidad: «Si entráis en una ciudad y no os reciben, saliendo a sus plazas, decid: "Hasta el polvo de vuestra ciudad, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros". […] Os digo que aquel día será más llevadero para Sodoma que para esa ciudad» (Lc 10, 10-12).

No obstante, cuando los discípulos regresan de su misión, el divino Maestro percibe el peligro que se cierne sobre sus almas: están contentos porque han hecho milagros, expulsado demonios y curado enfermos, pero corren el riesgo de confundir el éxito exterior con la victoria del Reino de Dios. Un buen resultado no siempre indica que la obra de apostolado se ha realizado como Jesús deseaba; dependiendo de dónde vengan los aplausos, puede ser incluso una mala señal. Por eso, concluye el Salvador: «No estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el Cielo» (Lc 10, 20).

¿Cuántas veces no somos llevados a apoyar algo sólo porque está siendo usado, comentado y difundido por todos? Terminamos estableciendo así como criterio de juicio no lo que son las cosas, sino la aceptación que tienen en el mundo. Aún es peor si condicionamos nuestra misión de testigos del Evangelio al aplauso de los hombres, aunque para ello tengamos que sacrificar las verdades eternas y el estado de gracia…

En este Evangelio, Nuestro Señor Jesucristo nos muestra que si verdaderamente queremos atraer almas a Dios y aumentar el número de los hijos de la Santa Iglesia, es necesario, ante todo, preocuparnos de nuestra santificación, pues sólo cuando nuestros nombres estén inscritos en el Cielo daremos el auténtico testimonio de vida que anuncia la proximidad del Reino de Dios. ✣

Gustavo Kralj

Apóstoles, de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

«Haz esto y vivirás»

P. Roberto José Merizalde Escallón, EP

Vivimos hoy inmersos en un mundo fundamentalmente mercantilista, regido por las leyes del *marketing*. Desde esta perspectiva, la vida gira en torno al empeño de producir el máximo al menor coste. ¿Es ésta la verdadera ciencia de la vida?

La pregunta del maestro de la ley que abre el Evangelio de este decimoquinto domingo del Tiempo Ordinario se presenta al espíritu del ser humano ayer, hoy y siempre: «¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Aunque las personas anden constantemente detrás del dinero, si se detienen un momento, su conciencia les interpelará: «¿Estás siguiendo el camino correcto?».

La respuesta del Redentor al escriba, tras recordarle el mandamiento de amar a Dios y al prójimo, resuena en los corazones, a través de los milenios, y llega a nuestros oídos: «Haz esto y vivirás» (Lc 10, 28). A continuación, Jesús le propone la parábola del buen samaritano.

El divino Maestro se preocupa de que la imagen sea lo más clara posible. Por eso la llena de colores, con elocuente simbolismo, lo cual ayuda a las personas de todos los tiempos y edades a poner en práctica la enseñanza divina. Subraya que el pobre, atacado y dejado «medio muerto» (Lc 10, 30) junto al camino, es evitado por figuras de gran relieve y prestigio social de aquella época: un sacerdote y un levita. Sólo un samaritano, despreciado por los judíos, le presta ayuda generosa y abnegada, procurando que no le falte de nada.

He ahí el eje de la verdadera caridad, entendida como el amor al prójimo practicado por amor a Dios: quien da con liberalidad, sin esperar retribución por el favor prestado, conquista la ciencia de la vida.

Las personas impregnadas de mentalidad mercantilista se horrorizan ante semejante pérdida financiera, porque gastar sin recibir una retribución inmediata sería la mayor de las locuras. Estas pobres almas, aferradas al materialismo, no logran ver más allá de las conveniencias del comercio. Olvidan que en este mundo se aplica la ley del «eco de la vida», porque ésta nos responderá implacablemente a nuestras palabras y acciones como un eco. Si gritamos: «¡Egoísmo!», el eco nos responderá décadas después: «¡Egoísmo!». Pero si gritamos: «¡Caridad cristiana!», nos recompensará más adelante con la misma voz generosa: «¡Caridad cristiana!».

Las leyes de la ciencia espiritual suelen actuar en sentido opuesto a las leyes materiales. Y la ley cristiana es el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

Así pues, quien siembra una caridad de buenos quilates cosechará años después los frutos de la semilla que plantó. Quien se preocupa más por sanar los males ajenos que por su propio beneficio recibirá su premio cuando menos se lo espere. Y si una persona caritativa no recibe en esta tierra la recompensa por su generosidad recibirá mucho más que el céntuplo en la vida eterna.

La ley de la caridad conquista almas en la tierra y las gracias del Cielo. Cultiva la ley de la caridad cristiana y vivirás bien en este mundo y triunfarás en la eternidad. «Haz esto y vivirás».

A las relaciones contemporáneas, regidas a menudo por una mentalidad mercantilista, el Señor contrapone la ley del verdadero amor, que sólo puede ser desinteresado

«El buen samaritano», de Alfred Emil Andersen - Museo Thorvaldsen, Copenhague

Reproducción

Lecciones de una paternal reprensión

P. José Roberto Polimeni, EP

¿Debemos abandonar las ocupaciones de Marta o simplemente esforzarnos por impregnarlas de la filial contemplación de María?

La vida pública de Nuestro Señor Jesucristo fue muy intensa. Iba de pueblo en pueblo enseñando la Buena Noticia y anunciando que el Reino de Dios estaba cerca. Multitudes acudían para ser curadas de sus enfermedades y los poseídos por el demonio eran liberados de sus garras.

Y, no nos engañemos, toda esa labor lo cansaba. Alguien dirá: «Pero ¿Jesús no es Dios? ¡Dios nunca se cansa!». Sí, es Dios, pero también hombre, que asumió nuestra naturaleza con sus flaquezas. En cuanto Dios, tenía poder infinito y no sufría nada; en cuanto hombre, era «probado en todo, como nosotros, menos en el pecado» (Heb 4, 15). Por lo tanto, necesitaba descansar.

¿Y dónde podía encontrar ese descanso tan necesario? Nada mejor que tratar con verdaderos amigos: «Entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Ésta tenía una hermana llamada María, que, sentada junto a los pies del Señor, escuchaba su palabra» (Lc 10, 38-39).

Nheyob (CC by-sa 3.0)

Jesús con Marta y María - Iglesia de San Vendelino, Saint Henry (Estados Unidos)

El Maestro va a Betania para estar con los hermanos Lázaro, Marta y María, que lo reciben con todo respeto y gratitud.

La anfitriona, poniendo en acción sus dotes femeninas, se preocupa de los más mínimos detalles: arreglar la casa de la mejor manera posible, utilizar el menaje y el servicio más noble que posee y, por supuesto, preparar un banquete que refleje todo su amor, cariño y bienquerencia por aquel a quien considera el Mesías esperado.

María, por su parte, se recoge a los pies de Jesús y escucha, tranquila y maravillada, las palabras del Verbo de Dios encarnado.

Y el Evangelio prosigue: «[Marta], acercándose, dijo: "Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile que me eche una mano". Respondiendo, le dijo el Señor: "Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; sólo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada"» (Lc 10, 40-42).

¿Qué quería enseñarle Jesús a Marta… y a nosotros? «El Señor no vitupera la hospitalidad, sino el cuidado por muchas cosas, esto es, la absorción y el tumulto. […] La hospitalidad es honrada mientras que nos atrae a las cosas necesarias; mas cuando empieza a estorbar a lo más útil, es manifiesto que la atención a las cosas divinas es más honrable».[1]

Y San Agustín completa: «El Señor no reprende, pues, la obra, sino que distingue las ocupaciones; por eso sigue: "María ha escogido la mejor parte", etc. Tú no la elegiste mala, pero ella la eligió mejor. Y ¿por qué mejor? Porque no le será quitada».[2]

De modo que en todas las circunstancias de la vida debemos servir siempre al Señor sin abandonar el amor y la contemplación de Dios, con la mirada puesta en lo eterno que no pasa.

Y concluimos esta reflexión con una advertencia de San Ambrosio: «Que el deseo de la sabiduría te haga como María; ésta es la obra más grande, la más perfecta. Que el cuidado de tu ministerio no te aparte del conocimiento del Verbo celestial, ni acuses, ni estimes ociosos a los que veas dedicados a la sabiduría»,[3] es decir, a la contemplación.

Que los santos amigos del Señor nos obtengan de Él esa valiosa gracia. ✣

---

[1] Teofilato, *apud* Santo Tomás de Aquino. *Catena Aurea. In Lucam*, c. x, vv. 38-42.

[2] San Agustín, *apud* Santo Tomás de Aquino, *op. cit.*

[3] San Ambrosio, *apud* Santo Tomás de Aquino, *op. cit.*

Rezar en el tiempo, para convivir en la eternidad

P. Rodrigo Alonso Solera Lacayo, EP

Las verdades más fundamentales suelen ser las más puras, luminosas y edificantes. Participan de la sencillez de Dios —plenitud y fuente de toda verdad— y, por ello mismo, encierran inmensas profundidades, capaces de alimentar nuestra vida espiritual y moral.

«Vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien»,[1] decía Dña. Lucilia, madre del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. Estas palabras, aunque sencillas, tocan en la esencia de la contemplación y abren una puerta al misterio de la oración. Vivir es estar con quien amamos; rezar es convivir amorosamente con Dios: «La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre».[2]

Una vez, como leemos en el Evangelio de este domingo, un discípulo le pidió al Salvador: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1). Una palabra de la respuesta de Jesús cambió para siempre nuestra forma de dirigirnos al Creador: «Padre». Cuánta riqueza hay en esta revelación: ¡Dios es nuestro Padre! Y, por su voluntad, ¡María es nuestra Madre! Somos sus hijos por el don de la gracia, y nuestras oraciones deben brotar, pues, de una confianza filial, íntima y reverente.

Como nos prometió el divino Maestro, siempre seremos atendidos: «Todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre» (Lc 11, 10). Sin embargo, existe una condición: presentar nuestras súplicas a Dios con fe, humildad y perseverancia, ordenándolo todo a su gloria y a nuestra salvación.

Pero la bondad de Dios, al hacernos hijos y aceptar nuestras súplicas, exige correspondencia. Amor con amor se paga. Y amar implica vivir con rectitud y repudiar todo lo que conduce a la catástrofe de perder la gracia: seducciones del demonio, atracciones del mundo y desórdenes de la carne. Quien peca gravemente abandona el estado de hijo de Dios, hermano de Cristo y heredero del Cielo, y se convierte en esclavo de Satanás, partidario de los réprobos y reo del Infierno, hasta que se arrepienta y confiese sus culpas. Por otro lado, cuando caminamos por las vías de la virtud, nuestro amor es recompensado con el Amor: el Espíritu Santo, don por excelencia (cf. Lc 11, 13).

Para Santa Teresa de Jesús, el corazón de la vida espiritual es la oración. Con sabiduría mística, también la describe como una convivencia enraizada en la caridad: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama».[3] Mucho más allá de la recitación de fórmulas, consiste en una relación viva, en la cual somos transformados interiormente. El trato diario y frecuente intensifica la amistad. No necesitamos complicados discursos. Basta con saberse amados… y responder con amor.

A la luz del ejemplo de los santos y las almas puras, podemos concluir que sólo la convivencia con Dios perfeccionará plenamente nuestra vida espiritual. «Vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien», he ahí el objeto de nuestra felicidad en el Cielo, que ya ha comenzado en la tierra a través de la oración. «En la visión beatífica —afirma Mons. João Scognamiglio Clá Dias—, en medio de la felicidad de convivir con el Señor, viviremos en oración, porque ésta consiste en la elevación de la mente a Dios. Y rezar en el tiempo es el mejor camino para estar en oración por toda la eternidad».[4]

Los actos de piedad nos invitan a un trato más intenso, fervoroso y filial con Dios

[1] Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, p. 472.

[2] CCE 2560.

[3] Santa Teresa de Jesús. *Libro de la vida*, c. VIII, n.º 5.

[4] Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *Meditación*. São Paulo, 4/10/2008.

«Monje en oración» - Museo del Hermitage, San Petersburgo (Rusia)

Reproducción

Sumario

Sinfonía de admiración y jerarquía

La vida de la Sagrada Familia es el ejemplo máximo de las relaciones, marcadas por el constante intercambio de admiración, obediencia y humildad entre sus miembros, y teniendo a Dios mismo como base y centro.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Todo cristiano debe desear la total unión e identificación de espíritu con Dios, como dice el Señor: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Para ello, es muy útil y conveniente tener en el corazón y en la mente la vida oculta de la Sagrada Familia, y procurar con devoción y respeto conocer y amar cada vez más este modelo, adorando a Nuestro Señor Jesucristo y venerando a la Virgen con culto de hiperdulía y de protodulía a San José.

¡Cuánto podemos aprender de esa intimidad entre los tres, aunque no hayan sido escritos todos los hechos que allí sucedieron!

Un corazón divino y humano

Consideremos la figura de Nuestro Señor Jesucristo. Dios se hizo carne y habitó entre nosotros (cf. Jn 1, 14). En esa humanidad de Jesús, unida a la divinidad en la persona del Verbo, es sobre la que primero debe posarse nuestra mirada y arrebatarse nuestro amor.

Si en Él no podemos comprender a Dios, por lo menos comprendemos al hombre, dotado de un corazón capaz de todas las emociones naturales y que poseía, en perfecto orden, disciplina y equilibrio, nuestros propios sentimientos elevados a un plano infinito. ¡Cómo desearíamos contemplarlo a los 30 años, en su belleza humana iluminada por la divinidad, lleno de atractivos, en una majestad imperial y una suavidad grandiosa!

¿Cómo habría sido la divina mirada del Señor? ¿Cómo sería la serenidad de su semblante, la manifestación de su afecto y bondad a través de una sonrisa? ¿Cuáles eran las alegrías y las tristezas que impregnaban su alma? El amor que sentía por los demás hombres, sus hermanos, le hacía regocijarse en sus alegrías y sufrir a la vista de sus males, yendo al encuentro de todos los dolores morales, indiferencias, ingratitudes, decepciones, desprecios…

El Señor, tan puro, bueno y majestuoso, difundía una paz perfumada y deliciosa, que llenaba las almas y saciaba la inmensa necesidad que todo corazón humano tiene de amar y ser amado.

Durante treinta años Jesús convivió con la Virgen y San José bajo el mismo techo, en una atmósfera de pobreza y grandeza, de amor y de paz, en el silencio, en el aislamiento, en la esclavitud recíproca…

Allí creció en sabiduría y en gracia (cf. Lc 2, 52), preparado de lejos por la acción divina para su gran misión en el futuro y acompañado de cerca por una fisonomía maternal, la imagen admirable de la pura dedicación, María Santísima, que le manifestaba todo su cariño, en una mezcla de adoración y obediencia, y la alta comprensión que tenía de su destino.

Allí, siendo adolescente, fue instruido por San José en el oficio de carpintero, aprendiendo a manejar las herramientas adecuadas. Pasó treinta años honrando el trabajo y glorificando la humildad, para enseñarnos el camino del Cielo mediante la abnegación, la mortificación y la penitencia.

Un corazón sabio y maternal

En ese ambiente, el Sagrado Corazón de Jesús encontraba una réplica perfecta de sí mismo, guardadas todas las proporciones, en el Inmaculado Corazón de su madre.

Ya en el episodio de la Anunciación, cuando Nuestra Señora recibe el inmenso honor de traer a Dios al mundo, y especialmente a partir del nacimiento del Niño Jesús, apreciamos en Ella la paradoja de reunir los atributos más elevados de la naturaleza femenina: virginidad y maternidad. Poco después, entra en el Templo para entregar a su primogénito como víctima expiatoria por los pecados de la humanidad.

Siempre muy recogida, conservando todas las cosas en su corazón (cf. Lc 2, 19.51), la Santísima Virgen debía aplicar constantemente su instinto materno y su sentido psicológico sobre Él, aliados a los dones sobrenatu-

Thiago Tamura

Durante treinta años Jesús convivió con la Virgen y San José bajo el mismo techo, en una atmósfera de pobreza y grandeza, de amor y de paz, acompañado de cerca por la mirada de su Madre Santísima

La Virgen Blanca – Colección privada

rales que poseía. Ahora bien, es propio de la naturaleza humana la tendencia a querer conocer más cuanto más conoce. Y Ella, que sabía más que todos los ángeles y santos juntos, tenía sin duda un enorme deseo de comprender más. Al mismo tiempo, el Niño-Dios debía alegrarse de despertar santas curiosidades en su madre, propiciando las condiciones para que Ella hiciera preguntas. Y María, con tono respetuoso, preguntaba siempre que podía.

En ciertos momentos, era Jesús quien, de manera muy natural, la interrogaba, para ayudarla a explicar sus impresiones y darle el mérito de su respuesta. Pero su hijo la inspiraba en su comentario, con mucha suavidad, para que pudiera concluir lo que Él quería. De modo que cuando concluía su explicación, María le agradecía su pregunta, porque era Ella quien había aprendido.

Es evidente que Nuestra Señora tenía una fe muy ilustrada por fenómenos místicos, para que no desfalleciera luego durante la crucifixión. Los teólogos son unánimes en afirmar que todo don o privilegio concedido a un santo también le fue otorgado a María en sumo grado, siempre que le conviniera.[1] Ahora bien, si el Señor se transfiguró para los tres apóstoles en el Tabor y posteriormente le reveló tantos misterios divinos a San Pablo, durante su vida en Nazaret debió transfigurarse varias veces ante la Santísima Virgen.

Incluso podemos imaginar que, mientras dormía, a menudo viera al Niño Jesús en su esplendor y gloria. De hecho, Él mismo debió inspirar los sueños de su madre por la noche, para darle una noción real de sí mismo. Cuando se despertaba, la mirada de María se dirigía inmediatamente hacia su hijo y lo contemplaba durmiendo sereno, en una adorable inocencia. Era la humanidad del Verbo Encarnado la que se hacía manifiesta, para acostumbrarla a contemplar los lados sobrenaturales en los aspectos humanos y así ampliar su discernimiento.

Un corazón fuerte y paterno

Por último, nos queda considerar el corazón fuerte y dulce, grave y afable, lleno de energía y resolución, de un hombre que desempeñó un papel de suma importancia en los misterios de la sagrada infancia del Señor: San José.

El título de mayor poder y honor de este noble varón es el de ser llamado padre de Jesús. Sabemos que, según el derecho de propiedad, si alguien es dueño de un árbol plantado en su terreno, también lo es del fruto que ese árbol produce. Ahora bien, Jesucristo es el fruto bendito de la Santísima Virgen, la cual pertenece a José en calidad de legítima esposa. Por lo tanto, más que por simple adopción, es padre por ser esposo y salvaguarda de la virginidad de aquella que dio a luz al Hijo de Dios.

Además, al haber nacido Jesús en la tierra, sujeto al hambre y al frío, expuesto a las persecuciones y las injurias, el Padre celestial le dio a su Unigénito un guardián que lo gobernara y defendiera, y le proporcionara un hogar, alimento y protección.

Pero la explicación de la paternidad legal y nutricional no expresa toda la realidad. En efecto, la generación de los hijos no se basa única ni principalmente en el aspecto biológico, aunque éste sea indispensable conforme a las leyes de la simple naturaleza. Para que los hijos sean concebidos debe existir primero, en condiciones normales, el consentimiento de ambos cónyuges. Y éste es el aspecto más noble de la generación, pues implica la racionalidad del hombre y no la mera dimensión corpórea.

Ahora bien, cuando tuvo clara noticia del milagro ocurrido en Nuestra Señora en la Anunciación, el Santo Patriarca exultó con estremecimientos de adoración y gratitud, conformándose enteramente a lo obrado por Dios en el seno virginal de su esposa (cf. Mt 1, 24). Y como el Todopoderoso nunca destruye la naturaleza, sino que la sublima siempre, quiso que José, con su aceptación voluntaria, excluido el acto natural de la generación, fuera padre con pleno derecho al fruto de las entrañas de María.

Por eso, como emisario de la voluntad divina, el ángel le ordena que le pusiera el nombre al niño por nacer y recibiera a su esposa ya con los signos de la divina gravidez (cf. Mt 1, 20-21). De esta forma, el matrimonio entre la Virgen y San José no sólo fue verdadero, sino también fecundo, aunque por medio de un milagro, convirtiéndose en padre virginal del Niño Jesús.

José vivió exclusivamente para Jesús y María, dedicado a amparar y exaltar a ambos. Cuando ponía su mirada profundamente en el niño, tales eran su encanto y admiración que iba modelando su propia personalidad según lo que analizaba. Y para con Nuestra Señora era un sostén, un amigo, un consolador.

En circunstancias en las que comprendía que era su deber extinguirse, lo vemos desvanecerse como humo de incienso. Así ocurrió durante la visita de los Reyes de Oriente y en la presentación en el Templo, episodios en los que la atención se centró más particularmente en María Santísima. En cambio, cuando en la huida a Egipto fue necesario llevar la delantera, ejerciendo el oficio propio de un cabeza de familia, vuelve a aparecer. Y más tarde, cuando Nuestro Señor Jesucristo se había desarrollado plenamente, San José sintió que su misión ya había sido cumplida y se ocultó de nuevo.

El Santo Patriarca es para nosotros un admirable modelo de humildad y de completo olvido de sí mismo. Sin embargo, llamado a tan grandiosa misión, poco se sabe de él. Así pues, San José nos da la gran lección de cómo toda autoridad humana debe doblegarse y dejar el sitio cuando los intereses de Dios se manifiestan en este sentido.

Sinfonía de la admiración y de la perfecta jerarquía

En la Sagrada Familia se daba una coyuntura paradójica, creada por la Providencia, por la cual el que más debía mandar era el que más obedecía.

El Creador, al presentarse como un niño, quiso tanto hacer valer esta regla de la paradoja que se ofreció como esclavo de María, por su total dependencia de Ella en los nueve meses que estuvo en su claustro materno. Se alegraba de sentirse hijo y quiso permanecer en las manos de la Virgen y de San José durante toda su vida familiar, como niño, como joven y ya como hombre maduro, hasta el momento en que abandonó el hogar para empezar su vida pública.

La Madre de Dios, elegida en el orden de la creación para ser elevada al plano hipostático relativo, la más santa de las puras criaturas, se sometía a su esposo.

José, por su parte, era inferior a Nuestra Señora y al Niño Jesús; pero en cuanto esposo y padre tenía el mando. Celoso, por excelencia, del cumplimiento de todos sus deberes conyugales, los guiaba, los conducía.

¿Qué sucedía en las relaciones de esta verdadera trinidad en la tierra? Se trataba de una sinfonía de la admiración, de la comprensión de la gracia en unos y otros, de la que todos se beneficiaban, creando una unión cuya base y centro era Dios mismo.

Esto demuestra lo mucho que Dios ama la autoridad y quiere que se respeten las mediaciones. La idea de que todos los hombres son iguales se desmorona ante el ejemplo de la Sagrada Familia, en la que encontramos la escuela de la perfecta jerarquía. Cuando la familia está equilibrada, el varón tiene un papel de dominio más marcado que la mujer y los hijos; y el orden se establece a partir de este principio.

Vemos cómo en el paraíso el demonio quiso acabar precisamente con la maravilla de la desigualdad: Eva le dio un valor indebido al animal; y Adán, a su vez, sintió por ella un amor que ya no estaba enteramente fundado en Dios. Por eso se sometió a la mujer al aceptar el fruto prohibido y así ambos pecaron.

Juan Carlos Villagómez

El matrimonio entre la Virgen y San José no sólo fue verdadero, sino también fecundo, aunque por medio de un milagro, convirtiéndose en padre virginal de Jesús

La Sagrada Familia - Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán (México)

La escuela del ceremonial y la liturgia

Junto a esta elevación, en la Sagrada Familia todo transcurría en el ámbito ordinario de la vida de cada día, en una convivencia muy humana la mayor parte del tiempo.

¿Dónde estaba el palacio? ¿Dónde estaba la gran cuna para el niño? ¿La ropa, los ricos vestidos? ¿Y el honor debido a un rey? Podrían haber vivido en un edificio suntuoso; no obstante, abandonaron la cueva de Belén y, desde que regresaron de Egipto, vivieron en una casa sencilla y humilde. ¿Por qué?

La Providencia lo quiso así para subrayar el importante papel del ceremonial, porque cuando no se dispone de un palacio y se está obligado a vivir en una condición de pobreza, la decoración y la belleza de las paredes deben estar constituidas por la luz que proviene de las maneras ceremoniosas que allí se practican.

En la casita de la Sagrada Familia es donde aprenderemos los buenos hábitos y las formas educadas. En la pequeña Nazaret es donde recibiremos la lección de la grandeza y la escuela del ceremonial. Allí es donde comprenderemos que es indispensable hacerlo todo con pulcritud y elevación de espíritu constantes.

El culto divino y los ritos que luego surgieron en la Iglesia son el resultado del modo de relacionarse de la Sagrada Familia, la cual, a su vez, repetía de algún modo la divina e insuperable «liturgia» existente en las relaciones de las tres personas de la Santísima Trinidad.

Esa convivencia era el encanto de los ángeles, que debían sucederse para contemplar aquella magnífica ceremonia permanente, compuesta por un Dios hecho hombre, por la más excelsa de todas las puras criaturas y por el glorioso Patriarca de la Santa Iglesia.

La convivencia de la Sagrada Familia reflejaba la divina «liturgia» existente en las relaciones de las tres personas de la Santísima Trinidad

Monseñor João en agosto de 2007

Bajo el signo del triunfo

Sin embargo, ¿quién de entre la humanidad de aquel tiempo se enteraba de lo que ocurría en Nazaret?

La mayoría lo ignoraba por completo. Otros, a causa de su ambición, se espantaron al conocer los misteriosos acontecimientos que rodearon el nacimiento de Jesús: «Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11). Muchos de los que entraron en contacto con la Sagrada Familia no se dieron cuenta de nada, porque no tenían suficiente fe…

Más tarde, otros, como los fariseos y Herodes, se reirían de Jesús. Son éstos los sensuales, que no lo entienden a pesar de tener delante a la verdad: «La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió» (Jn 1, 5). Y se llega a la aberración del contraste: «El buey conoce a su amo, y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende» (Is 1, 3).

Vino para todos, pero pocos, muy pocos, escucharon la voz de Dios; éstos son los hombres de buena voluntad.

Aquel niño, nacido bajo el signo de la persecución que culminaría en su pasión y muerte de cruz, vino también bajo el signo del triunfo, pues obró su propia resurrección. Quiso sufrir por nosotros, pero nunca renunció a su realeza, como le dijo a Pilato: «Tú lo dices: soy rey» (Jn 18, 37). Su religión, su revelación, la infalibilidad de la verdad que confirió a la Iglesia, la santidad que nos trajo son inmortales e invencibles.

Aquel niño dividió la historia hasta el final de los tiempos, siendo causa de elevación para los que creen en Él y causa de caída para los que lo abandonan y lo rechazan (cf. Lc 2, 34-35).

En función de Jesús, de María y de José se revelan los pensamientos de los corazones y se produce la división entre los que estarán a la derecha o a la izquierda del divino Juez en el último día; entre los que son de Dios y los que son de Satanás; entre los que irán al Cielo y los que serán arrojados al Infierno. ✣

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1992 y 2009, así como de la obra *San José: ¿Quién lo conoce?...*

---

[1] Cf. Garrigou-Lagrange, op, Réginald. *La Mère du Sauveur et notre vie intérieure*. Lyon: Les Éditions de l'Abeille, 1941, pp. 135-136; Royo Marín, op, Antonio. *La Virgen María. Teología y espiritualidad marianas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1997, p. 47.

Un misterio de amor y unión comunicado a los hombres

El vínculo conyugal constituye un altísimo designio de Dios en la creación, el principio y el honor de la fecundidad, una fuente de gracias para el mundo.

P. Carlos Adriano Santos dos Reis, EP

De todos los sacramentos, el matrimonio es sin duda el más celebrado. Trajes de gala, joyas, ramos, invitados, selectos banquetes, suntuosas fiestas…, todo suele organizarse con el esmero que exige este acontecimiento único, que cambiará para siempre la vida de los novios. No obstante, ¡cuán pocos son los que consideran su sublimidad sobrenatural!

El casamiento merece, en efecto, la pompa y la festividad con que acostumbra rodearse, hasta el punto de que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira afirmaba que la mera prevalencia de tal solemnidad constituía, en sí, un significativo freno al avance de la Revolución. Sin embargo, la razón de ello no debe ser humana, sentimental o, menos aún, mundana; semejante aparato encuentra sentido en la altísima dignidad de ese sacramento, en su simbolismo y en su papel primordial para la construcción de una sociedad sana y cristiana.

Unión sagrada desde el principio

«No es bueno que el hombre esté solo», dijo Dios al contemplar a su obra maestra, Adán; «voy a hacerle a alguien como él, que le ayude» (Gén 2, 18). Así comenzó la historia de las relaciones humanas, marcada ya desde el primer momento por el afecto divino y por una gran elevación, manifestada en cada detalle.

Uno de esos pormenores reside en la palabra hebrea *ezer*, utilizada para indicar una «ayuda idónea» —«alguien como él, que le ayude». Este matiz se ha perdido en las diversas traducciones de la Sagrada Escritura: de las cien veces que el término *ayuda* aparece en el Antiguo Testamento, *ezer* sólo se usa en referencia a Dios como ayudante del hombre, dieciséis veces, y a Eva. Esto sugiere que ella no estaba en relación con Adán como sirvienta, ni con el papel exclusivo de la maternidad, sino como ayudante a la manera de Dios. La mujer, por tanto, constituye un complemento espiritual para el hombre.

El Génesis narra a continuación que, después de crear a Eva y presentársela a Adán, el Señor los bendijo diciendo: «Abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (Gén 2, 24). Y esta bendición hizo posible y digno el cumplimiento del mandato: «Multiplicaos, llenad la tierra» (Gén 1, 28).

En consecuencia, la unión conyugal está destinada a producir dos frutos: uno natural, que es la perpetuación de la especie humana; otro espiritual, que es la ayuda mutua y la santificación de los esposos, cuya relación debe participar del más alto grado de amistad.[1] Este vínculo posee verdaderamente un carácter sagrado, no adquirido, sino intrínseco, no inventado por los hombres, sino impreso en su naturaleza misma, porque tiene a Dios como autor y porque es figura de la encarnación del Verbo.[2]

Elevación al plano sobrenatural

El divino Maestro no escatimó esfuerzos para ensalzar la santidad del matrimonio. Los evangelios nos cuentan que, al comienzo de su vida pública, se dignó asistir a una boda en Caná de Galilea (cf. Jn 2, 1-11). «Él, que había nacido de una virgen y exaltado la virginidad con su ejemplo y sus palabras, […] honra el casamiento con su presencia y lo recompensa con un gran don [su primer milagro], para que nadie lo considerara como una mera satisfacción de las pasiones, y lo declarara ilícito».[3]

En sus predicaciones por toda Judea, y en oposición a las deformaciones introducidas por la praxis entre el pueblo elegido, el Redentor completó su obra elevando la unión conyugal a la condición de sacramento y restituyéndole su primitiva pureza e indisolubilidad: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (Mt 19, 6). El ma-

trimonio, elevado al plano sobrenatural, quedaba entonces vinculado para siempre a la gracia de Dios. Ya nadie tendría que verlo solamente como un estado que imponía deberes difíciles, sino como una verdadera fuente de beneficios, ayudas y bendiciones.

Pero esa unión tiene un aspecto aún más sublime.

«Es éste un gran misterio»

Afirma Santo Tomás de Aquino[4] que hay cuatro sacramentos llamados grandes: el bautismo, por razón del efecto, que consiste en borrar el pecado original y abrir las puertas del Cielo; la confirmación, por razón del ministro, pues sólo los obispos lo confieren; la eucaristía, porque contiene al propio Cristo; y el matrimonio, por razón de su significado, ya que representa la unión de Cristo con la Iglesia.

¡Con qué excelente condición simbólica ha adornado Dios el vínculo matrimonial! En efecto, la Tradición enseña que, al igual que sucedió con Adán y Eva en el paraíso, del costado de Cristo dormido en la cruz el Padre le formó una esposa: la Iglesia.[5] Y el Cordero divino, al despertar del sueño de la muerte, la contempló —carne de su carne y hueso de sus huesos (cf. Gén 2, 23)— con infinito amor y se unió a ella en místico desposorio. De estas sagradas nupcias serán engendrados todos los hijos de Dios hasta la consumación de los siglos.

«Todo matrimonio —comenta Mons. João Scognamiglio Clá Dias— repite, en menor escala, ese supremo connubio».[6] Puesto que la virtud propia del sacramento es la de obrar lo que simboliza, marido y mujer *participan* realmente de la unión entre Cristo y su Iglesia.[7]

Defensor de este gran misterio (cf. Ef 5, 32), San Pablo establece en su epístola a los efesios una estrecha analogía entre el desposorio del Salvador y el de los hombres, presentando, con palabras llenas de unción, al primero como modelo del segundo: «Las mujeres sean sumisas a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia; Él, que es el salvador del cuerpo. Como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada» (5, 22-27).

Difícilmente podría Dios haber colmado este sacramento de más dignidad, santidad y gracia, en una conmovedora demostración de su inmenso amor a los hombres.

Casamiento de San Luis IX y Margarita de Provenza - Catedral de San Luis, Blois (Francia)

El matrimonio posee un carácter sagrado: tiene a Dios por autor y es figura de la encarnación del Verbo y de su misión mística con la Iglesia

La familia, célula originaria de la vida social

Por sus frutos conocemos al árbol, nos enseñó la Sabiduría eterna (cf. Mt 7, 16-20). Pues bien, siendo el matrimonio un árbol tan excelente, no podíamos esperar de él frutos menos importantes.

La familia es la *cellula mater* de la sociedad. Descansando en el triple bien de la fidelidad, la indisolubilidad y la prole,[8] esta institución, tan fuerte y orgánica en su simplicidad, tiene una influencia crucial en los fenómenos sociales, y sólo a través de ella puede establecerse el Reino de Cristo en la tierra. Por eso, el oficio de engendrar y educar nuevos seres humanos, fin principal del casamiento, es de singular nobleza y responsabilidad.

La relación familiar, como explica el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira,[9] es una especie de analogado primario de todas las demás relaciones que el hombre establecerá a lo largo de su existencia. Naturalmente, los auténticos vínculos afectivos de un individuo, como los que se establecen con un amigo o un maestro, tienden a convertirse en fraternales y filiales; y las relaciones que no tienen, al menos en parte, un carácter parental son superfluas, inestables o incluso falsas. Además, un niño que crece en un entorno familiar sano comprende fácilmente, por ejemplo, qué es la lealtad o el amor desinteresado, y se vuelve apto para poseer tales disposiciones hacia los demás.

Por otra parte, los padres son la primera imagen de Dios para los hijos. A través de la relación afectuosa y delicada con sus progenitores, el niño entenderá más tarde cómo debe ser su relación con el Padre celestial, que cuida de los hombres, tomándolos en sus brazos, atrayéndolos con lazos de amor e inclinándose para darles de comer (cf. Os 11, 3-4), no alimentos perecederos, sino su cuerpo y su sangre, en el pan de vida y en el cáliz de la salvación eterna.

De un matrimonio que conserva su santidad, unidad y perpetuidad, la sociedad puede esperar ciudadanos probos, que, acostumbrados a amar y reverenciar a Dios, estimen como deber suyo obedecer a las autoridades legítimas, amar a todos y no hacer daño a nadie.[10] «Preciso es que el mundo aprenda de nuevo a creer que el matrimonio es algo eminentemente grande, santo y divino, y que, de la conservación de su pureza, dependen su fuerza, su salud y su salvación».[11]

Archivo Revista

Santos Luis y Celia Martin con sus cinco hijas, entre ellas Santa Teresa del Niño Jesús

Familia ayer, hoy y siempre

Incluso en el valle de lágrimas de nuestra existencia mortal, el matrimonio puede, por la gracia divina, transformarse en un Cielo terrenal. Un Cielo no de placeres carnales y sentimentales, sino de amor verdadero y duradero, que tiene a Dios como fundamento; no exento de dolores y sacrificios, sino rodeado de la sobreabundancia de las fuerzas necesarias para superar cualquier obstáculo.

Por la gracia divina el casamiento puede transformarse en un Cielo terrenal de amor verdadero y duradero, que tiene a Dios como fundamento

¡Qué duro golpe, entonces, para el tiernísimo Corazón de Jesús, que con tanta bondad obsequió a los hombres el don de ese sacramento, ver la enorme cantidad de almas que en nuestros días lo desprecian! ¡Qué ultraje cometen contra Él los mundanos cuando dicen que la solución a los problemas matrimoniales es abolir toda forma de compromiso, así como abandonar los criterios tradicionales y supuestamente obsoletos respecto de la familia! ¡Y lo afirman como si la sociedad actual, donde ya están en vigor tales procedimientos, no fuera la prueba más palpable de su error!

La solución para acabar con los problemas de la familia no es destruirla, sino acercarla a Dios, su Autor y Salvador, y a la Santa Iglesia, su espléndido y maternal modelo. Difúndase esta verdad por todo el orbe y la luz de Cristo empezará a brillar sobre las terribles crisis psicológicas, emocionales y morales que asolan a la humanidad; convénzanse las parejas católicas de la santidad de su estado, y en el mundo se crearán las condiciones necesarias para la instauración del reinado de Jesús y de María.

---

[1] Cf. Matrimonio. *In*: Mondin, Battista. *Dicionário enciclopédico do pensamento de Santo Tomás de Aquino.* São Paulo: Loyola, 2023, p. 431.

[2] Cf. León XIII. *Arcanum Divinæ Sapientiæ*, n.º 11.

[3] San Cirilo de Alejandría. *De incarnatione Domini*, c. xxv: PG 75, 1463.

[4] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Super Epistolam Sancti Pauli Apostoli ad Ephesios expositivo*, c. v, lect. 10.

[5] Cf. San Agustín. *In Iohannis evangelium tractatus.* Tractatus cxx, n.º 2.

[6] Clá Dias, ep, João Scognamiglio. *Homilía*. São Paulo, 14/1/2006.

[7] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Summa contra gentiles*. L. IV, c. 78.

[8] San Agustín, apoyado después por Santo Tomás de Aquino (cf. *Summa contra gentiles*. L. IV, c. 78), enseña que el matrimonio tiene tres grandes bienes: la fidelidad, por la que los cónyuges no se unen a nadie fuera del vínculo nupcial; la indisolubilidad, por la que mantienen su compromiso hasta que la muerte los separe; y la prole, que ha de ser recibida con amor y educada religiosamente (cf. San Agustín. *De Genesi ad litteram*. L. IX, c. 7).

[9] Corrêa de Oliveira, Plinio. «O tecido social perfeito». *In*: *Dr. Plinio.* São Paulo. Año XVIII. N.º 209 (ago, 2015), pp. 18-23. Véase la transcripción completa del artículo en la sección «Un profeta para nuestros días», en este número de la revista.

[10] Cf. León XIII, *op. cit.*, n.º 14.

[11] Weiss, op, Alberto María. *Apología del cristianismo.* Barcelona: Herederos de Juan Gili, 1906, t. vii, p. 446.

Unión sellada por Dios

Según el lenguaje de la Tradición, «el matrimonio es una unión sellada por la bendición de Dios». (Tertuliano. *Ad uxorem*. L. II, c. 8). No basta con que los consentimientos se unan y las personas se entreguen, es necesario que el autor de la gracia intervenga. En virtud de su intervención, la unión es santificadora y santificada. La gracia divina la penetra, la fortalece, estrecha sus lazos. Es un sacramento. […]

El amor natural, por muy bien fundado que esté en el respeto y en la estima, no siempre resiste las súbitas revelaciones que ponen ante nuestros ojos imperfecciones, defectos y vicios en los que no habíamos pensado. Nuestra seguridad sacudida, nuestra paz amenazada, desaniman al pobre corazón que se creía tan bien asentado y lo invitan a dejar de amar.

En un ser caído y poco dueño de sus pasiones, el amor natural se cansa de estar atado al mismo objeto. La inconstancia y el capricho lo desvían con demasiada facilidad, ¡por desgracia!, hacia otro objeto cerca del cual olvida su deber y sus juramentos. Una lamentable flaqueza que ha padecido el matrimonio en todas las épocas.

Pero desde que Cristo lo santificó, la gracia perfecciona el amor. Lo hace sabio. Le enseña que nada es perfecto aquí abajo; que la infinita belleza de Dios es el único ideal capaz de satisfacer un corazón ávido de perfección; que cuando no se tiene todo lo que se quisiera amar, se debe amar lo que se tiene. Purifica los ojos de la naturaleza, hace soportables las desgracias, conmovedoras las enfermedades, amables la vejez y las canas.

La gracia hace paciente al amor. Lo fortalece contra el choque de los defectos que puede conocer y contra la revelación demasiado brusca de los que han escapado a su perspicacia.

La gracia hace justo y misericordioso al amor. Lo convence fácilmente de que, si tenemos que sufrir, también hacemos sufrir a los demás, y que, en la vida de pareja más que en ninguna otra parte, hay que poner en práctica esta máxima evangélica: «Llevad los unos las cargas de los otros». En lugar de reproches, sugiere disculpas. Transforma las recriminaciones en buenos consejos, sabias exhortaciones, suaves ánimos, amables correcciones; ablanda los corazones y los inclina a perdonar fácilmente.

Por último, la gracia hace que el amor sea fiel al deber; lo presenta bajo una luz brillante que no puede ser oscurecida por las nubes de la fantasía, del capricho, de la ilusión y de la mentira, y le hace encontrar en la constancia un honor y una alegría por los que da gracias a Dios, que es tan fiel incluso con aquellos que lo ultrajan. […]

He aquí el matrimonio. Dos veces honrado por la intervención de Dios, en los solemnes momentos de la creación y de la Redención, exige nuestro respeto, y tengo derecho a decir a los hombres: no lo toquéis, es una cosa santa. Sí, señores, es una cosa santa. Debéis convenceros de esta verdad si queréis estar de acuerdo conmigo en las conclusiones que debo sacar de ella. Estas conclusiones sólo pueden confirmar las palabras de San Pablo: «Grande es este sacramento —*Sacramentum hoc magnum est*». ✣

Monsabré, op, Jacques-Marie-Louis. *Exposition du dogme catholique. Grace de Jésus-Christi. Mariage*. Paris: L'Anne Dominicaine, 1890, t. v, pp. 32-33; 40-43.

Gustavo Kralj

Dos veces honrado por la intervención de Dios, en los solemnes momentos de la creación y de la Redención, exige nuestro respeto

Las bodas de Caná - Iglesia de San Patricio, Boston (Estados Unidos)

El gran desafío para los padres

Desde los albores hasta el ocaso de su existencia, el hombre será un reflejo de lo que aprendió en su familia. ¿Cuál es el secreto de esta primera y primordial formación?

Bruna Almeida Piva

Los niños nacen sin manual de instrucciones. Llegan cambiando todas las reglas, aboliendo horarios, deshaciendo egoísmos. Y, de hecho, sólo después de muchos fracasos, los progenitores descubren que, para formarlos bien, necesitan algo más que libros: han de *ser* buenos padres…

Dotados de una sublime y altísima misión, comparable a la de la creación —pues por medio de ellos Dios puebla la tierra y el Cielo de nuevos seres humanos—, los padres son los emisarios divinos para el mantenimiento de la vida de sus hijos, los depositarios de las esperanzas que el propio Creador tiene sobre ellos. A su manera, deben ser la primera imagen de la divinidad que se les presenta a los hijos.

Ahora bien, ¿cómo se puede llevar a cabo con perfección la tarea de educar a la prole en tiempos tan revueltos?

Misión ardua, pero posible

La educación siempre ha sido y sigue siendo un gran desafío, que resulta hasta desalentador si tenemos en cuenta la inmensidad de las dificultades que ofrece el mundo actual y la legión de enemigos, velados o declarados, que perturban la relación padres-hijos.

Difícil, sin embargo, no significa imposible. Y el secreto del éxito está, en primer lugar, en que los padres se convenzan de la desmesurada labor que asumen e imploren el auxilio especial de Dios, ante quien prometieron fidelidad incondicional cuando abrazaron las vías del matrimonio. En la oración, sobre todo, es donde encontrarán fuerza y sabiduría para guiar cada etapa de la formación de sus hijos.

El segundo paso consiste en escuchar los consejos que la Santa Iglesia, como verdadera maestra de la verdad, ofrece a las familias cristianas de todos los tiempos.

Afecto verdadero y equilibrado

Según la sana tradición cristiana, tantas veces sostenida por el magisterio, existen algunos principios generales que han de observarse en un proceso de instrucción católico y saludable.

La responsabilidad esencial de los padres es, sin duda, el afecto. Este término, no obstante, debe entenderse con seriedad, desintoxicado de las profundas deformaciones que actualmente sufre. No se trata de un afecto sentimental que aprueba, con el mismo entusiasmo, las virtudes y los vicios del hijo; se trata, más bien, de un afecto profundísimo, pero ilustrado e inteligente, de un amor sin flaquezas, sin sensibilidades exageradas, sin egoísmos y sin predilecciones gratui-

Leandro Souza

La responsabilidad esencial de los padres es, sin duda, el afecto, el amor ordenado en función de Dios, cuyo objetivo es la santidad

tas, ordenado en función de Dios y que tiene como objetivo la santidad.

«Dios hizo del corazón del padre y de la madre un tesoro de amor, un cofre de ternura»,[1] subraya el canónigo Boulenger. En este sentido, todo cuidado es poco: el cariño, cuando es excesivo, a menudo acaba siendo perjudicial. Y la lucha contra este mal empieza desde la cuna. En los primeros albores de la existencia de su hijo, los padres ya han de estar atentos a los signos de una naturaleza caída por el pecado, para desenmascararlos y combatirlos.

Con respecto al llanto del niño, por ejemplo, es recomendable que la madre intente discernir cuándo es fruto de una necesidad real y cuándo está motivado por algún capricho. En este último caso, se aconseja que no se le dé inmediatamente lo que quiere; así comenzará a darse cuenta de que no siempre se hace su voluntad. Aunque esto pueda parecer duro, la verdad es innegable: muchas locuras de la adolescencia se evitarían si en la primera infancia los padres tuvieran la sabiduría de reprimir esos pequeños impulsos desordenados…

Por otro lado, también existe el problema opuesto: el desinterés, cuya causa es el egoísmo y su efecto la ausencia y una dureza disfrazada de exigencia. Es un modo terrible de *deformar* a los hijos. Al ser los padres un reflejo de la bondad de Dios hacia ellos, deben prestarles toda la atención que necesitan para desarrollarse. Yendo a lo concreto, parece inaceptable, por ejemplo, que una madre o un padre, cansados de los prolongados llantos o peticiones de su hijo, le pongan en sus manos una tableta o un móvil —recurso frecuente, por desgracia— para librarse del incordio de tener que atenderlo…

Amor sin predilecciones

El afecto ha de observar también otra regla importante, principalmente en las familias numerosas: no puede mostrar predilecciones basadas en afinidades temperamentales o intelectuales, sino que debe dedicar el mayor cuidado posible a todos los hijos, tratando a cada uno de ellos como un don de Dios, el fruto más excelente del matrimonio.[2]

De la misma manera, los padres no pueden proyectar sus propios anhelos o ambiciones en sus hijos, porque su meta es el bien y la felicidad de ellos y nunca su beneficio personal. Hacer planes específicos para el futuro de los hijos, como proyectar carreras y estilos de vida, sin tener en cuenta las aptitudes y tendencias de los pequeños es el camino hacia la infelicidad.

Muchos desastres familiares surgen de desviaciones aparentemente simples como éstas. Para evitarlos, es recomendable fomentar en los niños desde edad temprana la realización de actividades lúdicas que pongan de manifiesto sus capacidades intelectuales y físicas; como también la práctica de diversas artes, deportes o lenguas extranjeras que favorezcan el desarrollo de su personalidad y cultura. Esto ayudará a discernir la vocación natural y sobrenatural de los hijos.

Por último, cabe señalar que la educación no es obligación sólo de uno de los progenitores. En esto tampoco debe haber predilección. El niño es fruto de ambos y en él está la suma de las cualidades, gustos y tendencias de cada uno. No hay nada mejor que la experiencia conjunta de los padres para evitar que los hijos imiten sus errores, fracasos y disgustos.

Educar no es sólo decir «sí» o «no»

Hay quien piensa que educar consiste únicamente en dictar normas de disciplina. La verdadera educación va mucho más allá, porque tiene un doble alcance: afecta al cuerpo y al alma. Utilizando las reglas como medio y

Reproducción

Reproducción

Francisco Lecaros

Los padres han de estar atentos a los signos de una naturaleza caída por el pecado, para combatirlos, y deben fomentar en los niños actividades que pongan de manifiesto sus habilidades

De arriba abajo: «Una madre regaña a su hijo», de Albert Becker; «La clase de música», de Carlo Ademollo; «El niño pintor», de Jan Frans Verhas - Museo de Bellas Artes de Gante (Bélgica)

Reproducción

Los principios de urbanidad son una obligación familiar desde la cuna, así como la instrucción religiosa: las nociones básicas sobre Dios y los actos de piedad en familia son elementos claves en la formación moral de los niños.

«Acción de gracias», de Karl Gebhardt - Colección privada

no como fin, desarrolla bienes corporales como la salud, la disposición y la energía, con el objetivo de crear condiciones favorables para el perfeccionamiento intelectual y espiritual del niño. En efecto, los padres tienen la obligación de fomentar en sus hijos, con las palabras y el *ejemplo*, las virtudes naturales y sobrenaturales, tarea que abarca desde la instrucción básica —normas de comportamiento, aseo y cortesía— hasta la más importante: la enseñanza religiosa.

Es un gran error pensar que los principios de urbanidad, indispensables, se aprenden simplemente en los pupitres escolares. ¡Podría ser demasiado tarde! Son una obligación familiar desde la cuna. Los colegios, institutos y universidades se limitarán a añadir a esa educación primordial cierta dosis de conocimientos culturales.

La instrucción religiosa es también una tarea progresiva. Las nociones básicas sobre Dios, las primeras oraciones, los actos de piedad en familia son elementos claves en la formación moral de los niños, cuyo recuerdo nunca se borrará de sus memorias.

En resumen, corresponde a los padres hacer de sus hijos buenos ciudadanos y, sobre todo, buenos cristianos.

Jornada paulatina

Así como un medicamento se volvería venenoso si se ingiriera en grandes cantidades en una sola ocasión, la formación de un hijo es un proceso gradual —se extiende desde la cuna hasta la plena madurez— y fracasaría si se adelantaran sus etapas. Cada retoño debe ser modelado según su edad y temperamento, en una sabia mezcla de afecto y severidad, reconocimiento y exigencia, estímulo y reprensión.

Durante los encantadores tres primeros años de vida, se recomienda darle al niño pequeñas responsabilidades, como guardar sus juguetes, organizar sus pertenencias, llevar su ropa sucia a un lugar determinado y aprender a quitar el polvo de ciertas superficies. Esto le permitirá adquirir nociones de orden y limpieza.

Después de eso, hasta los 7 años, se aconseja que ayude a cuidar de la mascota de la familia, haga su propia cama, riegue las plantas y lave algunos platos, para que se sienta parte activa de la familia. Si va creciendo sanamente en responsabilidades, llegará a los 12 años sabiendo colaborar en algunas tareas domésticas, como preparar comidas sencillas, limpiar la casa, lavar algo de ropa e incluso cuidar de sus hermanos pequeños, pero sin dejar de disfrutar de las alegrías de la vida infantil.

Esperanza de la Iglesia y del mundo

No existe universidad que forme buenos padres…, como tampoco hay un método capaz de prever todas las casuísticas que implican la educación de los hijos. Sin embargo, una cosa es cierta: lo que los progenitores le exijan al niño durante su proceso de formación constituirá su suerte para el resto de la vida, y todo lo que llegue a ser en el futuro constituirá un reflejo de la educación recibida en casa.

Queridos padres y madres que habéis invertido el tiempo leyendo este artículo, no escatiméis esfuerzos en la educación de vuestros retoños: ellos sentirán, bajo el velo de la vida familiar, la bondad de Dios mismo, que prometió ser para los hombres un Padre siempre compasivo (cf. Sal 102, 13), y tendrán la alegría de cumplir el mandamiento de cuya práctica el propio Redentor quiso dar ejemplo: «Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días en la tierra» (Éx 20, 12).

Además, como jóvenes cristianos bien instruidos, serán la esperanza de la Santa Iglesia para la transformación de la sociedad y del mundo. ✣

---

[1] Boulenger, Auguste. *Doutrina Católica*. São Caetano do Sul: Santa Cruz, 2022, t. II, p. 86.

[2] Cf. CCE 2378.

Honrar a los padres: un deber sagrado

Para muchas personas impregnadas de un espíritu relativista, la existencia del decálogo —es decir, el conjunto de normas morales que deben regir el comportamiento del hombre con respecto a Dios y a sus semejantes— suena como algo arbitrario e irrazonable, una absurda imposición a los seres humanos.

Como afirma Santo Tomás, basándose en San Pablo (cf. Rom 13, 1), «lo que procede de Dios procede en buen orden» (*Suma Teológica*. I-II, q. 100, a. 6) y, por lo tanto, la elección de esos preceptos, así como el orden en el que han sido colocados, no son fruto de una determinación despótica. Más bien nos permiten vislumbrar una faceta de la inefable sabiduría divina, que lo ha dispuesto todo en el universo con peso, número y medida (cf. Sab 11, 20).

Entre esos preceptos se encuentra: «Honrarás a tu padre y a tu madre». Encabeza el cortejo de leyes relativas al prójimo, precedido tan sólo por las tres que se refieren a Dios.

Si todo el decálogo está ordenado en función del amor al Señor y al prójimo (cf. Mt 22, 40), nuestros padres ocupan ciertamente el sitio de los más cercanos a nosotros, ya que «son el principio particular de nuestro ser, como Dios es el principio universal» (II-II, q. 122, a. 5); de ahí la peculiar afinidad del cuarto mandamiento con los que lo preceden.

La relación que establece este precepto se rige por una virtud especial: la piedad. Derivada de la justicia (cf. q. 101, a. 3), nos impone una obligación de deuda análoga a la que tenemos para con Dios. Después de Él, nuestros padres son quienes nos han proporcionado los mayores bienes naturales y, en consecuencia, merecen nuestra gratitud y retribución antes que cualquier otra persona (cf. a. 1). Por consiguiente, debemos rendirles culto, reverencia, honor y servicio en la debida proporción (cf. a. 1-a. 4).

La Sagrada Escritura también esboza la perfecta actitud filial: «El Señor honra más al padre que a los hijos y afirma el derecho de la madre sobre ellos. Quien honra a su padre expía sus pecados, y quien respeta a su madre es como quien acumula tesoros» (Eclo 3, 2-4).

Santo Tomás se pregunta también si la virtud de la piedad obliga obediencia a los padres si éstos desean inducir a sus hijos al pecado y al alejamiento del culto divino. Fiel a las enseñanzas del divino Maestro —que declaró: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10, 37)—, el Doctor Angélico afirma categóricamente que «ya no sería acto de piedad el insistir en el cuidado de los padres contrariando a Dios» (a. 4).

Finalmente, el Aquinate muestra que hay tres tipos de bienes que los hijos reciben de sus padres: la existencia, el sustento y la instrucción. Incumbe, pues, a los hijos responder a tanto desvelo con gratitud, respeto y obediencia, y, además, amparar a sus padres en su vejez, visitarlos en sus enfermedades y, si se hallan empobrecidos, mantenerlos (cf. *De decem præceptis*, a. 6).

El propio Verbo Encarnado quiso ser para nosotros el Modelo en la práctica de ese mandamiento: «Estaba sujeto a ellos» (Lc 2, 51), narra el Evangelio a propósito de la actitud del Niño Jesús hacia la Virgen y San José. Entonces sigamos su ejemplo, seguros de que se cumplirá la promesa: «La compasión hacia el padre no será olvidada» (Eclo 3, 15).

Francisco Lecaros

Después de Dios, nuestros padres son quienes nos proporcionan los mayores bienes naturales y, en consecuencia, merecen nuestra gratitud y retribución

San Luis IX siendo educado por su madre - Catedral dedicada a él, Blois (Francia)

El tejido social perfecto

La familia auténticamente católica, tal como existió ampliamente en la Edad Media, y la red de relaciones individuales vivificada por la observancia de los diez mandamientos generan el tejido social perfecto.

Plinio Corrêa de Oliveira

La *cellula mater* del tejido social orgánico es la familia. Tiene, propiamente hablando, la plenitud de la organicidad, y a causa de la irradiación de su calor, de su aliento, cierta organicidad se comunica al resto de la sociedad. Por cierto, esta organicidad de la familia y el conjunto del trato de unas personas con las otras según los mandamientos de la ley de Dios, es decir, la caridad recíproca, son los elementos que constituyen la organicidad de la sociedad.

Cuando me refiero a la familia, evidentemente no hablo de la familia deteriorada como se presenta hoy, sino de la familia ideal, que no es una quimera, pues existió en gran medida en la Edad Media, aunque con los defectos inherentes al ser humano.

El vínculo familiar, en una familia normal, se establece mediante una serie de tendencias instintivas que son orgánicas por excelencia, ya que resultan del propio organismo humano. Existen afinidades entre padres, hijos y hermanos que derivan de temperamentos y modos de ser análogos, los cuales surgen en gran medida de circunstancias biológicas, étnicas, hereditarias, y que forman semejanzas muy valiosas por dos razones: primero, porque son muy íntimas; segundo, porque diferencian mucho esa unidad familiar de las demás. De esta manera, cada familia constituye un pequeño mundo distinto de las otras familias. Exagerando un poco, podríamos decir que cada familia tiene una cultura y una civilización propias.

Reproducción

El vínculo familiar, en condiciones normales, se establece por una serie de tendencias instintivas que son orgánicas por excelencia

«Después del bautismo», de Carl Feiertag

De pequeño, al visitar las casas de familias que no estaban emparentadas con la mía, tenía la impresión de estar haciendo un viaje a otro mundo, pues notaba disimilitudes en algunos aspectos, minúsculas a los ojos de un adulto, aunque enormes a los ojos de un muchacho. Los niños no entienden, pero relacionan instintivamente las singularidades que notan en esa familia y se dan cuenta de manera implícita de que esas características provienen de una raíz psicológica común, que en su familia se manifiesta de una forma y en cada una de las demás familias, de otra. En los caseríos de una ciudad, cada residencia corresponde a una familia y tiene su particularidad, que se aprecia hasta en lo culinario.

Visitando a otra familia

Consideremos dos hogares absolutamente del mismo nivel social, de

familias que se estiman y se relacionan entre sí. Un niño perteneciente a la familia «A» va a comer por primera vez en la residencia de la familia «B». Incluso puede suceder, no necesariamente así, que le digan:

—Veo que tienes apetito, pero aguanta un poco porque lo mejor está por llegar: un pavo preparado por la propia ama de casa, ¡y es una delicia!

El niño enseguida piensa en un pavo idéntico al que come en su casa. Llega el plato y le parece completamente diferente. Lo prueba, a ver si es tan rico como lo pintan, pero no considera que lo sea, porque no es igual al pavo de su casa.

De ahí surge una especie de rechazo hacia esa familia: «¡Qué gente más rara, fíjate lo que entienden por un pavo bien hecho! ¡Qué cosa tan extraña! Un pavo no es eso, se prepara de otra manera…».

Vamos a suponer que mientras está jugando con tierra se ensucia las manos y tiene que lavárselas. Junto al lavabo hay un jabón enteramente distinto del que utiliza en su casa. Puede ser incluso un jabón muy superior, por ejemplo, de la marca inglesa Pears, en forma de bola negra. Sin embargo, el niño está acostumbrado a un jabón brasileño rosa o azul clarito, y piensa: «¡Vaya!, tengo que lavarme las manos con esta bola negra. ¡Qué gente más rara! Su pavo y su jabón son diferentes… Y durante la comida estaba uno de los primos, considerado muy divertido, contando chistes que no tenían ni pizca de gracia. Dios me libre de volver a la casa de esta familia».

Reproducción

Cada familia constituye un pequeño mundo distinto, con características que provienen de una raíz psicológica común y que forman un todo propio

«Jugando a la escuela», de Harry Brooker

Cambio de impresiones entre iguales

El niño regresa a su casa y la madre le pregunta:

—¿Cómo te ha ido en casa de Fulano?

El chico mira a su madre e instintivamente se da cuenta de que no le dará la mínima importancia a los rasgos diferenciales que ha visto; así que no le cuenta sus impresiones y responde de una manera muy vaga:

—Ha ido muy bien…

Como diciendo: «No me preguntes por qué no quiero contártelo».

El muchacho está almacenando impresiones propias que únicamente transmitirá a personas de su edad. Cuando se queda a solas con sus hermanos, les dice:

—¡No os podéis imaginar cómo es su casa! Es así, hay tal cosa…

—Pero eso no tiene nada de raro —contesta su hermano mayor.

Sus hermanos mayores dan una opinión un poco más cercana a la de sus padres; por lo tanto, son más abiertos. En cambio, sus hermanos más pequeños son «fundamentalistas» y uno de ellos afirma:

—¡Qué horror! Cuando haya un cumpleaños allí, no iré. ¡Dios me libre de meterme en ese sitio!

Pasan los meses y se celebra otro cumpleaños en la residencia de la familia «B». La madre de la familia «A» les dice a sus hijos:

—Hoy iréis todos allí.

Respuesta de uno de los más jóvenes:

—Mamá, yo no puedo; tengo que hacer los deberes.

—Los haces por la noche, cuando vuelvas.

Otro dice:

—Yo tampoco puedo; no me encuentro muy bien.

—Vale. Dime qué sientes, te doy una medicina y se te pasará el malestar.

Con cierta dificultad logra convencer a sus hijos para que vayan a la residencia de esa familia.

Pero, de repente, la madre cambia de parecer y todos van a la casa de un pariente suyo, que aún no conocen, del cual piensan que se halla en un nivel intermedio entre la casa del pavo raro y su residencia.

Similitudes y disimilitudes

Llega también un momento de la vida en el que el niño entra en crisis con su propia familia y empieza a juzgarla aburrida, se avergüenza de sus padres, piensa que la familia del otro es prodigiosa y a veces establece amistades brillantes con alguien de la otra familia y queda como un apóstata de su propia familia, que se ha metido en la casa de los otros.

Estas similitudes y disimilitudes provocan actitudes instintivas, nacidas de apetencias e inapetencias oriundas de lo íntimo de su ser.

Estoy describiendo el fenómeno sólo por alto, porque es mucho más profundo; entran en juego muchas otras personas, como los profesores e incluso el sacerdote de la parroquia.

Se trata de un universo hecho de organicidad, que se forma a partir de disimilitudes, que, cuando entran en orden, están dotadas de originalidades propias, fecundas, interesantes, creativas. Pero también con similitudes ultraunitivas, ultracreadoras de afinidad, que pueden hacer que un conjunto de familias provenientes de un clan originario constituya un mundo y sea una fuerza en la sociedad.

La organicidad se encuentra, de abajo arriba, ante todo, en esos impulsos medio hereditarios, medio genéticos, medio étnicos; pero, después, está en los fenómenos del alma y en la lucha de la gracia contra el demonio dentro de la persona. Se forma entonces un cuadro complejísimo y riquísimo.

Ahora bien, el mundo de relaciones basadas en esos datos constituye el tejido social.

El analogado primario de las demás relaciones

¿Qué relación tiene esto con el resto no familiar de la sociedad?

Cuando un individuo vive intensamente la vida familiar, comprende de una manera profunda e instintiva que, o traslada a otras relaciones el carácter de la vida de familia, o las demás relaciones serán falsas.

Se tiende, pues, a extender la vida de familia a todos los otros sentimientos benévolos que se pueden tener hacia las personas. Cuando se es amigo, se tiende a convertirlo en pariente, por el lado favorito, afectivo. Cuando se es colega, por ejemplo, dos médicos que trabajan juntos porque tienen especialidades complementarias, se tiende a convertir esa colaboración en amistad, y ésta en una relación fraterna. Cuando se tiene un maestro, se ve inclinado a tratarlo como a un padre; y cuando se es maestro, se tiende a convertir al discípulo también en hijo. La relación familiar se vuelve una especie de analogado primario de las demás relaciones.

Esto coloca a la amistad en una situación muy importante en la vida de las personas, porque tener auténticos amigos es tener amigos de vida y de muerte, lo cual sólo es posible cuando existe, de hecho, verdadero afecto. Y no posee tal afección quien no tiene originariamente en la familia una fuente de afecto muy grande.

Archivo Revista

Cuando un individuo vive intensamente la vida familiar, comprende que debe trasladar a otras relaciones el carácter de la vida de familia

El Dr. Plinio en 1986

Algunos ejemplos

De ahí viene el hecho de que ciertas asociaciones se denominen *fraternidades*, y en el lenguaje interno sus miembros se llamen entre sí hermanos. Por ejemplo, Hermandad del Santísimo Sacramento. Es una tradición de la penetración del ambiente familiar en todos los demás ámbitos.

De donde se desprende que las asociaciones profesionales así organizadas no tienen la frialdad de un sindicato, constituido más en función de intereses que de la amistad. El pobre miserable que vive solamente pendiente de sus intereses económicos no entiende que ha perdido uno de los mayores intereses de la vida: el afecto.

El antiguo derecho sajón de Alemania, en la época en que los alemanes eran bárbaros, establecía como ley la obligación de que cada sajón tuviera con relación a otro de su raza ciertas disposiciones interiores. Lo cual es algo imposible de imponerse como ley, pues no se puede obligar a alguien a tener una disposición interior. Mas se ve que unos observaban en los otros si el comportamiento exterior correspondía al cumplimiento de esta prescripción. Y cuando no correspondía, llegaba el castigo.

Así pues, la primera de todas las leyes era: amor al prójimo, demostrado por la lealtad. Si había alguna forma de deslealtad, se castigaba de determinada manera prescrita en la ley.

Naturalmente, hay algo de barbarie y de sabiduría asociadas en eso, pero corresponde al trasfondo religioso de la idea que tengo del tejido social.

El elemento vivificante del tejido social

El tejido social se alimenta o se constituye de una particular red de relaciones individuales en las que el elemento

vivificante, como la sangre para el organismo, es la observancia de los diez mandamientos y la doctrina católica. Esto genera el tejido social perfecto.

Con respecto a la lealtad, por ejemplo, aún en tiempos de mi abuelo había en Brasil situaciones en las que era inconcebible que dos hombres hicieran negocios entre ellos por escrito, porque demostraba que uno no confiaba en el otro.

Un hombre, pongamos por caso, compraba una hacienda a plazos. El propietario recibía una parte del pago, pero estaba obligado a cuidar de la hacienda mientras todavía estuviera en sus manos. ¿Cómo se hacía el trato? Cada cual se arrancaba un cabello de la barba y se lo daba al otro. Nada más.

Como la barba era símbolo de respetabilidad, acercarse a un hombre y decirle: «¡Mire, aquí tiene el cabello de su barba como prueba!», significaba crear una situación en la que él no sería tan mezquino como para, ante su propia barba, no avergonzarse. Y la barba servía así de garantía.

Supongo que los antiguos obispos de São Paulo compraban y vendían sin dar documentos. Porque Mons. Duarte Leopoldo e Silva, el arzobispo más antiguo que conocí, tenía la siguiente costumbre. La curia de São Paulo poseía muchos inmuebles y, a veces compraba, a veces vendía alguno. Por exigencia de los bancos, Mons. Duarte tenía que firmar documentos, pero lo hacía poniendo simplemente una pequeña cruz y una «D.» sobre el sello. Decía que iba contra el honor del arzobispo poner su nombre completo. Y aun así escribía eso porque los bancos se lo exigían, mas antes no escribía nada, bastaba su palabra de arzobispo.

Consideren unas almas convencidas de la sabiduría y de la santidad de los mandamientos, y que se han moldeado enteramente de esa manera, que se conocen y se entrelazan bien: forman un tejido social perfecto. El punto de partida es la familia, pero la verdadera vida es la vida sobrenatural de la gracia.

¿Puede existir una sociedad orgánica de malos y entre paganos?

Surge la pregunta: ¿sería posible una sociedad orgánica de gente mala?

Durante un tiempo, sí, aunque sería efímera. Es decir, cuando existe la tradición de, sintiendo lo mismo, forjar una amistad, los primeros delincuentes que aparecen se hacen amigos también por el mismo proceso. Y si bien son enemigos de aquellos a quienes quieren perjudicar, porque anhelan quitarles su dinero, tienen hábitos de buena conducta en otros puntos. Son restos del tejido social que aún no está completamente podrido.

Se plantea, ahora, otra cuestión: ¿sería posible una sociedad orgánica entre paganos?

Conviene hacer una distinción. Una sociedad auténtica y duraderamente orgánica, lo dudo. Una sociedad más o menos orgánica, tal vez llegaran a constituirla. El régimen feudal de ciertos pueblos orientales, por ejemplo, era feroz, a diferencia del feudalismo católico, mas podía tener el esqueleto de una sociedad feudal.

Lo que me parece fundamental del asunto es reconocer que eso duraría poco, porque acabaría en un enfrentamiento de unos contra otros.

Alguien podría objetar: «Pero, Dr. Plinio, pareciera que usted sustenta la tesis de algunos herejes según la cual el hombre sólo es capaz de hacer el mal. Ahora bien, existen ciertas virtudes naturales que el hombre puede practicar sin el auxilio de la gracia, y usted parece negarlo al decir que fuera de la Iglesia no existe ningún bien».

Hablamos de realidades diferentes. Puede haber un hombre excepcional, que, sin ser consciente de esta cuestión, practique cierto bien. Sin embargo, practicar el bien integral sin conocer la doctrina católica y sin la gracia de Dios no es posible. ✣

Extraído,
con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XVIII.
N.º 209 (ago, 2015), pp. 18-23.

Reproducción

Consideren unas almas convencidas de la sabiduría y de la santidad de los mandamientos, y que se han moldeado enteramente de esa manera, que se conocen y se entrelazan bien: forman un tejido social perfecto.

«Oración antes de la cosecha», de Félix de Vigne - Museo de Bellas Artes de Gante (Bélgica)

Duquesa Sofía Chotek von Hohenberg

La fidelidad conyugal llevada al extremo

«Ni la muerte los separó», podría ser el epitafio de una pareja cuya historia, a menudo condicionada por los acontecimientos, es portadora de una profunda lección de fidelidad en medio de las mayores dificultades.

Hna. Luciana Niday Kawahira

Veintiocho de junio de 1900. Con mano firme, el archiduque Francisco Fernando, presuntivo heredero del trono del Imperio austrohúngaro, aceptaba el destino marcado para su futura esposa, la condesa Sofía Chotek, y los hijos que Dios les diera, al firmar los términos de una renuncia que los privaba de sus derechos sucesorios y de su pertenencia a la familia imperial.

La decisión no fue sólo suya. Deseosos de contraer matrimonio e impedidos por el estricto estatuto de los Habsburgo, que únicamente admitía candidatos de casas reales, Francisco Fernando y Sofía resolvieron hacer frente a cualquier dificultad, convencidos de que era la Providencia la que los había unido.

Exactamente catorce años después, mientras se encontraban de viaje en esa misma fecha, la pareja se arrodilló ante una capilla improvisada para dar gracias a Dios por los años que habían pasado juntos. Sofía había dicho poco antes: «Me gustaría revivir cada día que ha pasado desde entonces».[1] Y similares fueron las palabras de su esposo: «Hay cosas en la vida que haríamos de otra manera, si pudiéramos volver a hacerlas. Pero si tuviera que casarme de nuevo, haría lo que hice, sin cambiar nada».

Ignoraban que ése sería el último aniversario de la renuncia que les había permitido desposarse, así como el último día de sus vidas…

Una boda indeseada

Las nupcias suelen ser un momento de alegre celebración, sobre todo cuando van acompañadas de la pompa de la nobleza. Sin embargo, el matrimonio del heredero al trono, Francisco Fernando, no se festejó en Viena con invitados ilustres, carruajes desfilando por calles engalanadas y numerosas multitudes vitoreando. No hubo recepciones ni bailes ni banquetes en honor de los recién casados. Nada.

Reproducción

Francisco Fernando y Sofía afrontaron todos los obstáculos a su matrimonio, seguros de que ése era un designio de la Providencia

Archiduque Francisco Fernando y Sofía Chotek

La razón fue que esa unión no era deseada por el emperador Francisco José, y solamente había sido autorizada con la condición de que el archiduque renunciara a los derechos de sucesión eventual para sus hijos al trono y que su matrimonio se convirtiera en morganático. En otras palabras, su futura esposa nunca sería emperatriz; relegada a una posición inferior a la de las archiduquesas, nunca estaría a su lado en eventos públicos, teatros u homenajes y sería la última en la mesa en los banquetes imperiales y actos solemnes; en las recepciones oficiales, ella entraría en último lugar, mientras que su esposo figuraría inmediatamente después del emperador, y su presencia nunca sería mencionada en ninguna lista de invitados.

¿Qué motivaba tal severidad hacia Sofía Chotek? Es difícil de responder. Aunque de condición inferior a la del archiduque, tenía una vida moral impecable y descendía de treinta y dos generaciones ininterrumpidas de antepasados aristocráticos, algunos de

ellos habían sido príncipes de pequeñas casas, además de tener varios parientes nobles que ocupaban cargos en la corte, donde jamás había transgredido ninguna norma… El propio papa León XIII y algunos soberanos europeos intercedieron a favor del matrimonio.

A pesar de ello, el príncipe Alfredo Montenuovo, chambelán del emperador, sin ni siquiera darse la oportunidad de conocer realmente a la condesa, no escatimó esfuerzos, calumnias, intimidaciones, sobornos y chantajes para impedir la unión. Sin escrúpulos, argumentaba que Sofía era una mujer grosera, interesada y deseosa de arruinar el prestigio del trono, intentando así empañar su honor…

Nobleza templada en el sufrimiento

Pero ¿quién era realmente la condesa Sofía Chotek?

Hija del conde Bohuslav Chotek, diplomático, y de Wilhelmina Kinsky, descendía de la aristocracia bohemia; sin embargo, su familia no poseía una gran fortuna y la niña creció con pocos privilegios y mucho trabajo, lo que le dio a su nobleza un barniz que pocas damas de la corte ostentaban. «Más elegante e imponente que bella, Sofía era grácil, serena y digna. Culta, había adquirido no sólo los conocimientos habituales de historia, literatura, matemáticas, religión y ciencia, sino también una aguda percepción de los asuntos políticos gracias a su padre. Hablaba alemán, inglés y francés con fluidez. […] Bailaba con elegancia, pintaba, montaba a caballo y jugaba muy bien al tenis. Perspicaz y simpática, sin pretensiones y "extremadamente afable", era a la vez desinhibida y recatada».[2]

Sin muchas esperanzas de cambiar su nivel de vida, Sofía siguió el camino de las jóvenes aristócratas de poca fortuna: entró como dama de compañía en la casa de una gran señora, la archiduquesa Isabel de Croÿ, No obstante, cuando se hizo pública la intención de Francisco Fernando de casarse con ella, fue humillantemente expulsada del servicio, refugiándose en casa de su hermana.

Las injusticias cometidas contra Sofía y la actitud virtuosa con la que las soportó confirmaron la decisión del archiduque. Según sus palabras, no quería una mujer muy joven, pues era demasiado viejo para educarla, sino una «esposa amable, inteligente, bella y bondadosa […], con madurez tanto de carácter como de ideas». Además, al ser una persona muy religiosa, Sofía reunía todas las cualidades que él necesitaba, a pesar de su mera condición de condesa.

Pero, por desgracia, la nobleza de alma en profusión no parecía suficiente para permitir una excepción, cuya última palabra, al fin y al cabo, le correspondía al emperador. Y los ejemplos en sentido contrario no eran raros. El propio Francisco José había ido en contra de los deseos de su madre al casarse con su prima Isabel de Baviera —la famosa Sissi, considerada la mujer más hermosa de su época—, una joven extremadamente egocéntrica y de temperamento inestable. Su matrimonio, bastante infeliz, dio como resultado una emperatriz huidiza y un esposo públicamente infiel, mientras que Rodolfo, su hijo, fue un joven disoluto que terminó sus días en un misterioso suicidio en compañías poco recomendables.

En el caso de Sofía, lo que nadie admiraba era quizá lo que más atraía a Francisco Fernando, quien, a pesar de no haber llevado una vida moral recta antes de conocerla, se dejó influenciar por la pureza de su alma y, al descubrir en ella a la mujer fuerte de las Escrituras, comprobó que era «mucho más valiosa que las perlas» (Prov 31, 10). El archiduque procedió entonces como Nuestro Señor Jesucristo aconseja en el Evangelio (cf. Mt 13, 45-46), al preferirla en lugar de todas las glorias que pudiera disfrutar en la vida de la corte.

En el matrimonio, una feliz influencia

Francisco Fernando y Sofía se unieron ante Dios el 1 de julio de 1900. El sufrimiento constante se convirtió en el principal motivo de unión de la pareja. Al reducir a Sofía a la condición de esposa morganática, Francisco Fernando era consciente de la humillación permanente que esto le acarrearía. Ella, sin embargo, dio muestras de heroísmo al afrontarlo todo con una serenidad inusual, amenizando su aflicción con preclaras virtudes y ganándose así simpatías en todos los círculos sociales.

Reproducción

El archiduque descubrió en Sofía la mujer fuerte de las Escrituras, comprobando que era «mucho más valiosa que las perlas»

Retrato de la duquesa, aproximadamente en 1890

Nunca manifestó signos de amargura ni reveló con palabras ácidas frustración alguna. «Hubo, sin duda, épocas en que las presiones eran enormes; pero aun así, Sofía se mantenía serena, contenida, dueña de sí y recurriendo siempre a su fe religiosa».[3] Para ambos, el matrimonio era como un castillo de virtudes construido sobre una roca firme, y las peores tormentas no pudieron derribarlo. Si Sofía tuvo que renunciar a ser emperatriz, Francisco Fernando renunció, sin envilecer su condición, a la brillante vida cortesana que había llevado antes, y en esta inmolación diaria se renovaba su compromiso de fidelidad mutua.

Mientras los periódicos europeos —en un tiempo en que los valores fa-

Arcomonte26 (CC by-sa 3.0)

Fotos: Reproducción

Los padres habían derramado sobre sus hijos torrentes de afecto, fruto de la constante fidelidad que los unía; los niños eran conocidos como los más correctos y educados de todo el linaje de los Habsburgo

A la izquierda, Francisco Fernando con su hija mayor, la princesa Sofía; a la derecha, un retrato de la pareja con sus tres hijos: de izquierda a derecha, el príncipe Ernesto, la princesa Sofía y el príncipe Maximiliano. De fondo, una vista del castillo de Artstetten, propiedad de la familia donde fue enterrado el matrimonio - Artstetten-Pöbring (Austria).

miliares se abandonaban a pasos agigantados— publicaban con frecuencia noticias sobre nuevos escándalos morales en la aristocracia, el público se veía obligado a mirar con admiración a esa pareja de moral intachable. Así informaba un diario de la época acerca de Sofía: «Desde su llegada a la capital, se ha enfrentado a una situación muy difícil y ha tenido que aprender a ignorar decepciones y humillaciones gracias a un verdadero milagro de perseverancia, inteligencia y tacto. Apoyada por su querido esposo, la princesa[4] realiza este milagro con gracia y dulzura; no hay asperezas en sus bellas cualidades. Su encanto y su inteligencia cautivan a todos».

Los elogios de su marido también revelan una profunda satisfacción: «Sofía es un tesoro y estoy indescriptiblemente satisfecho. Me cuida muy bien; me siento en buena forma, sano y mucho menos nervioso». Además, le confesó a su madrastra: «No sabes lo contento que estoy con mi familia, hasta el punto de no poder agradecerle lo suficiente a Dios la suerte que he tenido. […] Lo más acertado que he hecho en mi vida ha sido casarme con mi Sofía. Ella lo es todo: esposa, consejera, médica, amiga —en una palabra, toda mi felicidad. […] Nos amamos como el primer día de nuestro matrimonio y nada ha perturbado nuestra alegría ni un solo instante».

El último viaje

Nombrado inspector general de las fuerzas armadas del imperio en agosto de 1913, Francisco Fernando se vio obligado a viajar a Bosnia. Aún hoy se discute el motivo de la invitación, bastante sospechosa, del gobernador general Oskar Potiorek. En un ambiente de gran tensión política y militar, éste exigió con insistencia una visita del archiduque a la capital, precisamente el mismo día en que los serbios conmemoraban una batalla histórica en la que su nación había sido reducida a la servidumbre. No era una fecha propicia para que un heredero al trono austriaco paseara por la ciudad de Sarajevo…

La víspera, el secretario del archiduque pensó que era innecesario ese viaje y Francisco Fernando estuvo de acuerdo; pero el gobernador alegó que el pueblo se sentiría muy ofendido…

Así, el domingo 28 de junio de 1914, la pareja realizó una visita oficial a Sarajevo, conscientes del gravísimo riesgo que corrían. El día transcurrió en la tensión de un posible atentado, que se materializó horas más tarde cuando un nacionalista lanzó una bomba contra el vehículo del archiduque. Sin embargo, el artefacto solo impactó en el coche de sus asistentes, hiriéndolos de cierta gravedad. Francisco Fernando insistió en visitarlos en el hospital y aconsejaron a Sofía que no lo acompañara por seguridad. No obstante, ella se negó: «Mientras el archiduque se exponga hoy en público, no lo abandonaré».

¿Acaso habría intuido que su presencia junto a su marido era necesaria, pues ambos estaban al borde de la muerte? Quizá, recordando la promesa hecha ante Dios, Sofía comprendió que su fidelidad debía consumarse en el holocausto… Poco después, salieron juntos por última vez.

En esta ocasión, uno de los conspiradores del asesinato se encontró repentinamente a dos metros del coche del archiduque, mientras éste maniobraba para evitar los peligros de la calle principal. La noble figura de Sofía lo hizo dudar un instante, pero enseguida disparó a quemarropa, alcanzando al marido y a la mujer.

Al ver la sangre chorreando por el uniforme de su esposo, Sofía tuvo la preocupación de preguntarle qué había pasado, antes de caer ella también fulminada por un disparo. Mientras sus acompañantes creían que simplemente se había desmayado, el archiduque

percibió que la vida de su amada esposa se marchitaba y le suplicó: «¡No te mueras! ¡Vive por nuestros hijos!».

Sin embargo, en unos minutos, él mismo la acompañaría a la eternidad.

El fruto de la fidelidad: una hermosa familia

Los hijos de la pareja —Sofía, de 13 años, Maximiliano, de 11, y Ernst, de 10— quedarían completamente huérfanos ese día. El comentario de la pequeña Sofía tras recibir la fatídica noticia revela el comienzo de un espantoso sufrimiento: «La angustia era indescriptible, al igual que la sensación de desorientación total. Durante toda nuestra vida no habíamos conocido más que amor y seguridad absoluta».

Los padres habían derramado sobre sus hijos torrentes de afecto, fruto de la constante fidelidad que los unía. «Su hogar era como los que encontramos en los libros, pero nunca vemos en la vida real», comentaba una sobrina. Las habitaciones de los niños estaban cerca de las de sus padres, siempre comían con ellos, a última hora de la tarde salían a pasear, tocaban el piano o jugaban a representar obras de teatro. Formados en ese ambiente familiar, eran conocidos como los niños más correctos y educados de todo el linaje de los Habsburgo.

«Cuando termino mi larga jornada de trabajo y vuelvo con mi familia», dijo una vez el archiduque, «al ver a mi esposa bordando y a mis hijos jugando, dejo mis preocupaciones en el umbral y apenas puedo creer la felicidad que me rodea». «Los niños —admitía— son mi deleite y mi orgullo. Me siento a su lado durante horas y los admiro, porque los quiero mucho».

Sabiendo que su esposa no podría ser enterrada en la cripta de los Habsburgo, Francisco Fernando había dispuesto en su testamento que fueran enterrados juntos en un panteón construido únicamente para su familia, y sólo en este lugar los niños pudieron despedirse de sus padres, ya que habían sido excluidos de las ceremonias fúnebres debido a su condición morganática.

Al marcharse, la pequeña Sofía comentó dócilmente: «Dios ha querido que papá y mamá se reunieran con Él al mismo tiempo. Ha sido mejor que murieran juntos porque papá no podría vivir sin mamá y mamá no sobreviviría sin papá».

Igual que se habían unido para la vida, Dios quiso unirlos también en la hora de la muerte.

Una lección para el futuro

La muerte de esta pareja es considerada el detonante de la Primera Guerra Mundial, y los historiadores aducen varias razones políticas para ello. Por otra parte, ¡cuántos análisis posteriores insospechados dan fe del desastre geopolítico que supuso la desaparición de la monarquía dual de la escena internacional, cuyo cetro habría recaído en manos del archiduque!… Sin embargo, si queremos ver la historia no como un conjunto de hechos inconexos, sino como la realización de los planes de la Providencia, podríamos analizar este acontecimiento desde otra perspectiva, tal vez accidental, pero muy importante.

Quizá, viendo los ultrajes que sufrían el futuro emperador y su esposa, cuyo matrimonio debería haber servido de ejemplo a la sociedad, Dios permitió que su asesinato fuera el punto de partida de una debacle irrevocable. De hecho, ¿qué queda hoy de aquella fidelidad conyugal que tanto los distinguía? ¿Qué otras desgracias han ocurrido en la historia —o podrían suceder aún— cuando la humanidad se ha desviado de los mandamientos de Dios u olvidado sus promesas de fidelidad al Señor? Sólo el tiempo, o acaso los acontecimientos, nos lo esclarecerán… ✣

---

[1] Los datos históricos de este artículo, así como los extractos de diálogos o cartas transcritos entre comillas, han sido tomados de: King, Greg; Woolmans, Sue. *O assassinato do arquiduque*. São Paulo: Cultrix, 2014.

[2] *Idem*, p. 80.

[3] *Idem*, p. 151.

[4] Sofía recibió del emperador Francisco José el título de princesa de Hohenberg el día de su boda y, el 4 de octubre de 1909, elevada a duquesa de Hohenberg.

Fotos: Reproducción

Igual que se habían unido para la vida, Dios quiso unirlos también en la hora de la muerte

A la izquierda, Francisco Fernando y Sofía en Sarajevo (Bosnia), poco antes del atentado que acabaría con sus vidas, el 28 de junio de 1914; a la derecha, noticia publicada en el diario italiano «Domenica del Corriere», cuya portada retrata el momento del asesinato.

La santidad no conoce edad

El mismo Dios que creó a dos hermanos, pidió de ellos el martirio a una edad temprana. ¡Hasta los más pequeños quiere el Señor que sean santos!

Vinicius Niero Lima

El final de la tarde llegaba en una de las muchas ciudades romanas de principios del siglo IV. Mientras los paganos, cada vez más decadentes, apuraban los últimos placeres de sus desenfrenadas concupiscencias, los cristianos se preparaban para escabullirse a escondidas por las callejuelas desiertas para recoger las reliquias de los héroes de la fe que, tras épicas luchas, habían cruzado el umbral de la muerte.

Ese día había sido testigo de una escena memorable. El gobernador local no podía imaginar que viviría semejante humillación… Dos valientes muchachos, hermanos por la sangre, pero sobre todo por la fe, ¡habían desafiado a un procónsul del imperio más poderoso del mundo!

Reproducción

Emperador Galerio Maximiano. Arriba, Justo y Pastor - Catedral dedicada a ellos en Alcalá de Henares (España)

La Roma que había asolado naciones, subyugado reyes, extendido su poder a tierras lejanas…, ¿cómo podía ser impotente ante una «secta»? Nueve grandes persecuciones no habían bastado para yugular a unos hombres y mujeres que corrían a ofrecer sus vidas con más alegría que la de los emperadores en sus bacanales.

Y he aquí que las fuerzas del mal esbozan un último intento. La persecución del cristianismo se vuelve más reñida, cruel y furiosa. Basta una denuncia, una calumnia o una simple sospecha para que los gobernantes decreten la muerte de personas cuyo delito consiste en ser honestas y practicar un culto ajeno a la religión del imperio.

Galerio, en su odio diabólico, no escatimó esfuerzos para obtener decretos de condena y exterminio contra los cristianos, desatando una cruel persecución

En esta despiadada embestida, Roma no perdonaría ¡ni siquiera a los niños!

La más feroz de las persecuciones

El año 304 presenció un gran cambio en el escenario mundial. Hacía décadas que la Iglesia no era perseguida por los emperadores romanos, el número de los elegidos se había multiplicado y, en algunos lugares, incluso se habían construido templos cristianos. Por supuesto, tal expansión no podía ser tolerada por los adversarios del cristianismo…

Diocleciano era el emperador reinante. Ante la amenaza de los bárbaros, que se acercaban a sus fronteras, comprendió que él solo no podía llegar a todos los puntos donde sus enemigos, tanto externos como internos, le presentaran batalla. Entonces decidió compartir el gobierno con hombres de su confianza, y en el 286 nombró coemperador a cierto militar llamado Maximiano y dividió sus dominios en dos: éste se quedaba con Occidente y él, con Oriente. Años más tarde, en el

Raimundo Pastor (CC by-sa 4.0)

293, el nuevo sistema político sufriría otra añadidura: fueron nombrados dos nuevos emperadores, Galerio y Constancio Cloro, quienes, bajo el título de *césares*, estarían subordinados a los emperadores *augustos*. Así nacía la tetrarquía romana.

Ahora bien, Galerio odiaba a los cristianos. Con propósito diabólico, obtuvo de Diocleciano —que hasta entonces no había hecho nada contra los cristianos, porque al parecer no se oponía a su existencia ni libertad— decretos tras decretos de condena; nunca, no obstante, con la radicalidad y la crueldad que querría. Finalmente, en el año 304, el augusto publicó un último edicto, que desencadenó la persecución más sangrienta, terrible y cruel jamás vista.

En todas partes del imperio se registraron martirios impresionantes, aunque su intensidad fue menor en Occidente. Basta citar los ejemplos de los santos Sebastián, Vicente, Gervasio, Protasio, Inés, Lucía, entre otros, así como el de ciudades enteras de cristianos masacrados.

Especialmente dignos de mención fueron los martirios que regaron el suelo de España con la sangre de los seguidores de Cristo. Aunque la península ibérica estaba bajo el dominio de Maximiano, el procónsul Daciano, que ha pasado a la historia como uno de los tiranos más siniestros y crueles, se encargó de acatar allí también las órdenes del augusto de Oriente. Durante esa persecución, la Iglesia hispánica se adornó con un incontable número de mártires.

Dos niños hacen temblar al tirano

La ciudad de Complutum, hoy Alcalá de Henares, es testigo de la impresionante historia de dos hermanos, Justo y Pastor, de 7 y 9 años respectivamente. Iban a la escuela, aprendiendo aún sus primeras lecciones, cuando oyeron rumores de que Daciano se acercaba.

Lejos de dejarse vencer por el miedo, «ardían en deseos de morir por el Señor».[1] Así que, sin temer las atrocidades que podrían acontecerles en tales circunstancias, dejaron sus pertenencias en la escuela, se dirigieron a la residencia del gobernador y se presentaron voluntariamente como cristianos.

No tardaron en llevarlos ante el procónsul, quien, en lugar de conmoverse, se enfureció al ver que hasta los niños se atrevían a enfrentarlo. Convencido de que un buen correctivo bastaría para sofocar el entusiasmo de los muchachos, ordenó azotarlos cruelmente. Los verdugos ejecutaron la sentencia de la manera más bárbara.[2]

Sin embargo, al ser conducidos de nuevo ante el juez, los dos hermanos siguieron proclamando su fe con gallardía. Estaban verdaderamente dispuestos a morir por Cristo. Sorprendido e inseguro, Daciano ordenó el arresto de Justo y Pastor esa misma noche.

A la mañana siguiente, el tirano modificó su táctica de persuasión y les ofreció toda clase de regalías. Pero, como dice Santo Tomás de Aquino, «la verdad es de sí poderosa y resiste a todo ataque»;[3] quien está persuadido de ella no tiembla ante la persecución ni vacila ante los honores. Así pues, los dos niños rechazaron con firmeza los obsequios del procónsul.

Los asistentes estaban asombrados de la valentía con la que ambos se exhortaban a permanecer fieles a Cristo. Daciano no podía tolerarlo más.

En todas partes del Imperio romano se registraron martirios impresionantes. Hombres, mujeres y niños dieron su vida por la fe en Cristo

Fotos: Francisco Lecaros

«Martirio de San Vicente», de Miguel Alcanyis - Museo Hyacinthe Rigaud, Perpiñán (Francia); «Martirio de los Santos Cosme y Damián», de Mestre de Rubió - Museo Episcopal de Vic (España); «Martirio de Santa Lucía» - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona (España)

Fotos: Francisco Lecaros

Martirio de Justo y Pastor, de José Juárez - Museo Nacional de Arte, Ciudad de México

Para disimular su vergonzosa derrota, ordenó que decapitaran a estos dos mártires de inmediato, aunque fuera de la ciudad, porque temía que el pueblo descubriera el nefando crimen y se sublevara. Los heroicos hermanos se dirigieron alegremente hacia el suplicio, dejando al gobernador inseguro, medroso y aniquilado.

Justo y Pastor correspondieron a la gracia del martirio, porque antes admiraron el ejemplo de quienes les sirvieron de modelo: sus padres y maestros

San Ildefonso nos narra el hermoso diálogo de mutuo ánimo que mantuvieron los dos muchachos camino de su ejecución: «Porque Justo, el más pequeño, temeroso de que su hermano desfalleciera, le hablaba así: "No tengas miedo, hermanito, de la muerte del cuerpo y de los tormentos; recibe tranquilo el golpe de la espada. Que aquel Dios que se ha dignado llamarnos a una gracia tan grande nos dará fuerzas proporcionadas a los dolores que nos esperan". Y Pastor le contestaba: "Dices bien, hermano mío. Con gusto te haré compañía en el martirio para alcanzar contigo la gloria de este combate"».[4]

Fueron decapitados en la noche del 6 de agosto del año 304.

Buscar la santificación a cualquier edad

Ante la historia de un martirio tan impresionante, aún nos queda una pregunta. Si Justo y Pastor no eran más que dos niños, ¿se daban cuenta de lo que hacían? ¿No eran demasiado pueriles como para medir las consecuencias de sus actos? ¿Quería Dios realmente que se presentaran ante el gobernador y murieran tan jóvenes?

Es muy difícil entrar en el fondo de la cuestión. Pero no cabe duda de que la aceptación voluntaria de la muerte proviene de una gracia dada por Dios y los dos hermanos, así como todos los que murieron por el nombre de Cristo a edad temprana,[5] no estarían inscritos en la lista de los santos si no fueran auténticos mártires.

En efecto, todos los hombres están llamados a recorrer las vías de la perfección cristiana, e incluso a los más pequeños Dios les pide la santidad.

Es innegable que estos niños correspondieron a la gracia del martirio; pero nunca habrían tenido fuerzas para llevar a cabo un acto de heroísmo tan grande si antes no hubieran admirado y aprendido del ejemplo de las personas mayores que les sirvieron de modelo: sus padres, parientes y maestros. Decía Santa Teresa del Niño Jesús que «así como los pajaritos aprenden a cantar escuchando a sus padres, así los niños aprenden la ciencia de las virtudes, el canto sublime del amor divino, de las almas encargadas de formarlos para la vida».[6]

¡Qué importante es ayudar a los niños a caminar por las sendas de la virtud desde la más tierna edad, para llevarlos a Jesús, quien los llama a sí (cf. Mt 19, 14)! En cambio, qué despiadado es quien les prohíbe el acceso a las enseñanzas del divino Maestro; mejor sería que lo ataran a una piedra de molino y lo arrojaran al fondo del mar (cf. Mt 18, 6). ✣

---

[1] Del martirio de los Santos Justo y Pastor. *In*: Comisión Episcopal Española de Liturgia. *Textos litúrgicos propios de la Archidiócesis de Madrid*. Barcelona: Coeditores Litúrgicos, 2007, p. 66.

[2] Cf. Butler, Alban. *Vidas de los Santos*. Ciudad de México: C. I.-John W. Clute, 1965, t. III, p. 275.

[3] Santo Tomás de Aquino. *Suma contra gentiles*. L. IV, c. 10.

[4] Ábalos, Juan Manuel. «Santos Justo y Pastor». *In*: Echeverría, Lamberto de; Llorca, SJ, Bernardino; Repetto Betes, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2005, t. VIII p. 144.

[5] Por citar algunos ejemplos sólo de la misma persecución: San Pancracio sufrió el martirio a los 14 años, Santa Inés a los 12 y San Barulas a los 7 (cf. Cantú, César. *História Universal*. São Paulo: Editora das Américas, 1954, t. VII, pp. 147; 153-154).

[6] Santa Teresa de Lisieux. «Manuscrits autobiographiques». Manuscrit A, 53r. *In*: *Œuvres*. www.archives.carmeldelisieux.fr.

Hijos: ¿opción o misión?

Catecismo de la Iglesia Católica

§ 1652 Por su naturaleza misma, la institución misma del matrimonio y el amor conyugal están ordenados a la procreación y a la educación de la prole y con ellas son coronados como su culminación.

«Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas… Así será tu descendencia» (Gén 15, 5). Con estas palabras, tan llenas de encanto y misterio, Dios le prometía al patriarca Abrahán una numerosa progenie. Esta promesa de la bendición divina, la prole, es precisamente «el fin primordial del matrimonio»[1] y, lamentablemente, un bien tan a menudo subestimado en nuestros días. Cuan elevada es tal finalidad nos lo muestran los documentos del magisterio pontificio, algunos de los cuales consideraremos a continuación.

Como señala el papa Juan Pablo II, la razón última por la que la mentalidad contemporánea se cierra con frecuencia a la «riqueza espiritual de una nueva vida humana» reside en la «ausencia de Dios en el corazón de los hombres».[2] De hecho, el papa Pablo VI[3] ya advertía que sólo a la luz de la vocación sobrenatural y eterna del ser humano se puede considerar correctamente las cuestiones relativas a la vida.

En este sentido, Pío XI[4] recuerda dos verdades que subrayan la importancia de la misión confiada por el Creador a los padres, de cooperar con Él en la propagación del género humano (cf. Gén 1, 28). La primera se refiere a la dignidad y al altísimo fin del hombre, quien, en virtud de la preeminencia de su naturaleza racional, supera toda creación material y está llamado a participar, por la gracia, de la vida del propio Dios. La segunda alude al hecho de que los padres cristianos están destinados no sólo a poblar la tierra, sino sobre todo a proveer a la Iglesia de Cristo de nuevos miembros y a procrear ciudadanos del Cielo, auténticos santos.

También conviene recordar el aspecto moral de la cuestión: «En la misión de transmitir la vida, los esposos no quedan, por tanto, libres para proceder arbitrariamente, como si ellos pudiesen determinar de manera completamente autónoma los caminos lícitos a seguir, sino que deben conformar su conducta a la intención creadora de Dios, manifestada en la misma naturaleza del matrimonio y de sus actos y constantemente enseñada por la Iglesia».[5]

Por último, el magisterio eclesiástico tiene aún una palabra de elogio para los cónyuges «que de común acuerdo, bien ponderado, aceptan con magnanimidad una prole más numerosa para educarla dignamente».[6] El valor de su testimonio «no consiste sólo en rechazar sin ambigüedad y con la fuerza de los hechos todo compromiso intencional entre la ley de Dios y el egoísmo del hombre, sino en la disposición a aceptar con alegría y gratitud los inestimables dones de Dios, que son los hijos, y en el número que a Él le plazca».[7] Por eso, Pío XII no duda en afirmar que las familias numerosas son «las más bendecidas por Dios, predilectas de la Iglesia y estimadas por ella como preciosísimos tesoros».[8]

María José Feliz

Los padres cristianos no sólo deben poblar la tierra, sino también engendrar miembros para la Iglesia y ciudadanos del Cielo

Una familia católica reunida

---

[1] San Agustín de Hipona. *De bono coniugali*, c. xxiv, n.º 32.

[2] San Juan Pablo II. *Familiaris consortio*, n.º 30.

[3] Cf. San Pablo VI. *Humanæ vitæ*, n.º 7.

[4] Cf. Pío XI. *Casti connubii*, n.º 6-7.

[5] San Pablo VI, *op. cit.*, n.º 10.

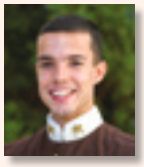
[6] Concilio Vaticano II. *Gaudium et spes*, n.º 50.

[7] Pío XII. *Discurso*, 20/1/1958.

[8] *Idem, ibidem.*

Por su fruto los conoceréis

Joaquín y Ana, bienaventurado matrimonio, está en deuda con vosotros la creación entera: por vosotros nos ha nacido la Reina del universo, María Santísima, la Madre de Dios.



Lucas Rezende de Sousa

El Antiguo Testamento bien puede considerarse una preparación sublime de la encarnación del Verbo. Cuando ponemos a Nuestro Señor Jesucristo en el centro de los acontecimientos humanos, comprendemos realmente la historia, pues así es como Dios la concibe: de modo arquitectónico y jerárquico, con su propio Hijo unigénito como piedra angular.

Por lo tanto, era coherente que cuanto más se acercara el nacimiento del Salvador, más abundarían los acontecimientos admirables y milagrosos, como explica San Juan Damasceno: puesto que el Señor es el sol de justicia (cf. Mal 3, 20), los caminos que le abrirían el paso «debían ser preparados por maravillas y, lentamente, de las realidades inferiores debían elevarse a las más altas».[1]

Partiendo de tan sublime perspectiva, se entiende con facilidad que precisamente en la plenitud de esa estela luminosa es donde se desarrolla la vida de San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen María.

Acerca de ellos, se conocen pocos datos fiables. Éstos se deducen de la tradición, en gran parte de libros apócrifos, entre los que destaca el *Protoevangelio de Santiago*, escrito en el siglo II d. C.[2] Los episodios aquí narrados no constituyen, pues, dogmas de fe, ni siquiera son datos históricos plenamente contrastados. Asimismo, han sido enriquecidos con el variado tesoro de las revelaciones privadas y completados con algunas reconstrucciones piadosas. Sin embargo, no deben considerarse leyendas desdeñables, carentes de todo fundamento.

Estirpe regia y sacerdotal

Joaquín significa «preparación del Señor».[3] Al igual que Jesús, nació en Belén y vivió desde su infancia en Nazaret, siendo descendiente del rey David.

Varón recto y justo, nutría gran admiración por dos sacerdotes ejemplares de su tiempo: Eleazar, venerable ancia-

Fotos: Reproducción

Sin prole, Joaquín y Ana soportaron veinte años de humillaciones, antes de que el Señor les enviara el consuelo de una promesa

«Rechazo del sacrificio de San Joaquín» y «Abrazo en la Puerta Dorada» - Museo de Ulm (Alemania)

no que vivía en Belén, y el joven Simeón, que desempeñaba sus funciones en Jerusalén. Por eso, cuando alcanzó la edad que las costumbres de la época establecían para contraer matrimonio, Joaquín, consciente de la seriedad de tal paso, no dudó en pedirles consejo a esos ilustres levitas.

Ambos le propusieron como esposa a una virtuosa virgen llamada Ana, nombre que significa «gracia».[4] Su padre era de la tribu sacerdotal de Leví y natural de Belén, y su madre descendiente del rey David. Así, vemos cómo la grandeza regia y la sacralidad sacerdotal se unen en María, lo cual es completamente arquitectónico, «pues Ella daría a luz a Jesucristo, Rey de reyes y Supremo Sacerdote, "santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el Cielo" (Heb 7, 26)».[5]

Al cabo de un tiempo, se celebró la boda, cuya ceremonia fue oficiada por el propio sacerdote Simeón. La pareja se instaló en Nazaret, donde ya vivía Joaquín. Él tenía 25 años y Ana se acercaba a los 20. Desde el principio, se esmeraron para que su matrimonio se revistiera de total santidad y pureza, causando admiración entre todos los que los conocían. De hecho, Dios los bendecía y, gracias a la herencia de San Joaquín, poseían bienes en cantidad.[6] Sin embargo, una terrible prueba se abatiría sobre su hogar.

La prueba de la infecundidad

Transcurrieron los años y el matrimonio se presentaba infructuoso en cuanto a descendencia. En aquellos tiempos, esto solía interpretarse como una tremenda maldición de Dios, ya que todos se casaban para tener hijos, con el objetivo de alcanzar el honor de ser antepasados del Mesías. En estas condiciones, la santa pareja no tardó en sufrir las peores injurias, incluso por parte de sus allegados. Veinte largos años habían pasado en medio de indecibles humillaciones. Hasta que un día

Reproducción

El nacimiento de la Virgen María - Iglesia de San Salvador, Placcoët (Francia)

> *«La hija que nacerá de ti será la aurora de la salvación y la puerta por la cual entrará el Mesías prometido. Será el arca de vuestra victoria»*

San Joaquín fue, como de costumbre, a hacer generosas ofrendas al Templo.[7]

Una vez allí, se vio rechazado públicamente por un sacerdote llamado Rubén, quien alegaba que al Señor no le agradaba la ofrenda de un hombre sin prole.[8] Observa Mons. João[9] que, ante tales palabras, San Joaquín debió sentir la confirmación, de labios de un ministro consagrado, de su más lancinante perplejidad: «¿Qué he hecho contra Dios para que me castigue así?».

Al llegar a casa, le contó a su esposa la humillación por la que había pasado y, con su consentimiento, se retiró unas semanas a las montañas para rezar y ayunar. Ambos enviaron peticiones al venerable sacerdote Simeón para que hiciera ofrendas a Dios en el Templo, suplicándole que les concediera descendencia. Pero la oscuridad crecía a lo largo de los días, pues el silencio de lo alto prevalecía. Después de un tiempo, San Joaquín regresó de su retiro de dolor.

No obstante, en medio de tales pruebas, puede vislumbrarse la mano de Dios. A través de la impotencia de la naturaleza, preparaba el camino para su intervención, como explica San Juan Damasceno: «La naturaleza cedió ante la gracia; se detuvo, temblorosa, y no quiso ser la primera. Como la Virgen Madre de Dios iba a nacer de Ana, la naturaleza no se atrevió a anticipar el fruto de la gracia; permaneció infructuosa hasta que la gracia hubo dado su fruto».[10]

San Gabriel y la puerta dorada

Un año más tarde, el arcángel Gabriel se le apareció a Ana, anunciándole en términos misteriosos que daría a luz a una niña: «La hija que nacerá de ti será la aurora de la salvación y la puerta por la cual entrará el Mesías prometido. Ella será el arca de vuestra victoria, y atraerá a Dios a esta tierra».[11] El mismo arcángel, manifestándose a Joaquín en sueños, le comunicó la visita celestial que Ana había recibido y le reveló que le nacería una hija, a la que llamaría María.

Al amanecer del día siguiente, ambos conversaron sobre estos hechos sobrenaturales y decidieron ir al Templo de Jerusalén a dar gracias al Señor. De mutuo acuerdo, prometieron consagrar a la niña enteramente al servicio de Dios tan pronto como su edad se lo permitiera.

Cuando llegaron a Jerusalén, entraron por la Puerta Dorada, la única

con acceso directo al Templo desde los campos circundantes, muy famosa en la iconografía cristiana de los primeros siglos porque representaba a Nuestra Señora. Seguramente, Joaquín y Ana percibieron algo del simbolismo que ahí había: la hija que les nacería sería la «Puerta Dorada por excelencia, por la que Dios mismo entraría en el mundo, inaugurando un nuevo régimen de gracias para la humanidad».[12] Advertido por una iluminación angélica de la presencia de los esposos, el sacerdote Simeón también acudió allí, con la intención de acompañarlos y bendecirlos.

El nacimiento de la Virgen

Nueve meses después de estos hechos, el 8 de septiembre, nacía la Santísima Virgen María en la ciudad de Nazaret. Acontecimiento prodigioso, sublime e inefable: ¿quién podría imaginar cómo vino al mundo la Madre de Dios? Engendrada sin que la lujuria manchara la mente de sus padres, concebida sin pecado original, gestada sin ocasionar ninguna molestia a su madre, María Santísima no sólo nació sin proporcionarle dolor alguno a Santa Ana,[13] sino además completamente envuelta en luz.

Monseñor João reputa que, «al contrario de lo que sucedería en el natal del Niño Jesús, […] la Virgen nació en pleno mediodía, cuando el sol se encontraba en su cenit e irradiaba la máxima intensidad de su luz en el firmamento. Si el nacimiento del divino Redentor fue a medianoche como símbolo de que Él venía a rescatar a la humanidad de las tinieblas del pecado, parece arquitectónico que la natividad de María ocurriera exactamente en el horario inverso, pues Ella estaba destinada a traer a la tierra el sol de justicia (cf. Mal 3, 20), Cristo, nuestro Señor».[14]

Cuando la Virgen cumplió un año, sus padres reunieron en su casa de Nazaret a algunos sacerdotes, a los principales del sanedrín y del pueblo, así como a todos los miembros de su familia. La pequeña María fue presentada a los sacerdotes de Israel, quienes invocaron sobre ella las bendiciones del Cielo: «Dios de nuestros padres —dijeron—, bendice a esta niña y dale un nombre que sea celebrado de generación en generación».[15]

Francisco Lecaros

Santa Ana con María niña - Catedral de San Luis, Blois (Francia)

Habiendo María alcanzado la edad de tres años, Joaquín y Ana se dispusieron a cumplir su promesa de entregarla al servicio del Templo

La presentación de la Virgen

Habiendo alcanzado María la edad de 3 años, Joaquín y Ana se dispusieron a cumplir su promesa de entregarla al servicio de Dios en el Templo, y con este propósito los tres partieron hacia Jerusalén. Una vez instalados en la Ciudad Santa tras el arduo viaje, cuando el sol ya se ponía, San Joaquín le anunció a María que irían al Templo al día siguiente, noticia que la llenó de alegría.

Al llegar al Templo, la pareja entró con la niña en una de las salas, donde se encontraba Simeón. Tras recitar una hermosa oración compuesta en ese momento, San Joaquín entregó a su hija al sacerdote, diciendo: «Hija mía, te entrego a este hijo de Leví para que seas ofrecida al Señor, a fin de que le sirvas todos los días de tu vida. Que sea una ofrenda inmaculada al Dios de nuestro pueblo, y que Él nos visite con la llegada del Mesías esperado».[16] Tras mutuos agradecimientos, la Virgen fue confiada a una de las maestras de las doncellas y sus padres se retiraron.

Últimos encuentros en esta tierra

Evidentemente, San Joaquín y Santa Ana iban a menudo al Templo para estar con su hija. En su última visita, San Joaquín estaba bastante débil, por lo que María, discreta y maternalmente, procuró prepararlo para cruzar el umbral de la eternidad. Se dice que, en esa ocasión, vio cómo una suave aureola resplandecía en la frente de su hija y una legión de ángeles formaban una guardia de honor a su alrededor. Así pues, algo de la vocación de Nuestra Señora le fue revelado al santo anciano.[17]

Poco después, avisada por el arcángel San Gabriel de que se su padre estaba a punto de morir, se apresuró a ir a Nazaret. Lo asistió en ese momento tan importante, acariciándolo, besán-

La misión de proteger el tesoro del Altísimo se prolonga en el Cielo: ambos están deseosos de interceder ante su hija por la Santa Iglesia

Reproducción

La Virgen con sus padres, de Bartolo di Fredi - Museo Cívico de Arte Sacro, Montalcino (Italia)

dole las manos y la frente, y hablándole de las alegrías celestiales.

En torno a un año del fallecimiento de San Joaquín, Santa Ana presentía inminente su partida hacia la eternidad. Por eso decidió ir al Templo para conversar quizá por última vez con su santísima hija. En cierto momento de la visita, se vio místicamente con la Virgen en su regazo y a ésta, por su parte, llevando al Niño Jesús, como la representarían muchos artistas a lo largo de los siglos. Entonces ambas se despidieron: María se arrodilló para recibir la bendición de su madre, que la abrazó con ternura y besó su frente virginal.

Y Santa Ana regresó a Nazaret. Al cabo de un tiempo, sintiendo que su fin estaba próximo, pidió que avisaran a Nuestra Señora. Pero cuando María llegó a Nazaret, encontró el cuerpo de su madre ya inerte. Siguió los ritos fúnebres con mucha calma y sólo cuando cerraron la tumba derramó algunas lágrimas.

Misión que continúa en la eternidad

Poco después de la muerte de Santa Ana, tendría lugar el matrimonio de la Virgen con San José y la encarnación del Verbo. Si ella y San Joaquín hubieran vivido unos años más, tal vez habrían contemplado con sus propios ojos a Dios hecho hombre. Sin embargo, se ve que esto no les estaba reservado. Su misión en esta tierra —engendrar y proteger el tesoro del Altísimo, María— ya se había cumplido y, por tanto, el Señor los llamó a sí.

No obstante, de alguna manera esa misión se prolonga en el Cielo, y de un modo muy especial. Es evidente que ambos están deseosos de interceder ante su hija por cada uno de nosotros y, sobre todo, por la Santa Iglesia.

Si es cierto que por sus frutos se conoce al árbol (cf. Mt 7, 16-20), ¿qué podemos decir del árbol bendito del que nació la Santísima Virgen?[18] Por nuestra parte, conviene cobijarnos siempre a su sombra, porque por la intercesión de esta santa pareja, nuestras súplicas a Nuestra Señora nunca dejarán de ser atendidas. ✣

---

[1] San Juan Damasceno. *Homélie sur la nativité*, n.º 2: SC 80, 49.

[2] Cf. Alastruey, Gregorio. *Tratado de la Virgen Santísima*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1947, p. 16.

[3] *Idem, ibidem.*

[4] Butler, Alban. *Vidas de los Santos*. Ciudad de México: John W. Clute, 1965, t. III, p. 192.

[5] Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, p. 59; cf. ALASTRUEY, *op. cit.*, pp. 11-14.

[6] Cf. Protoevangelio de Santiago. I, 1. *In*: Santos Otero, Aurelio de (Ed.). *Los evangelios apócrifos*. Madrid: BAC, 2006, p. 130.

[7] Cf. Güel, Dolores. «Santa Ana». *In*: Echeverría, Lamberto de; LLorca, SJ, Bernardino; Repetto Betes, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2005, t. VII, p. 787.

[8] Cf. Protoevangelio de Santiago, *op. cit.*, I, 2, p. 131.

[9] Cf. Clá Dias, *op. cit.*, p. 63.

[10] San Juan Damasceno, *op. cit.*, n.º 2, 49.

[11] Clá Dias, *op. cit.*, p. 65.

[12] *Idem*, p. 66.

[13] Cf. Alastruey, *op. cit.*, p. 25; Clá Dias, *op. cit.*, p. 77.

[14] Clá Dias, *op. cit.*, pp. 81-82.

[15] Cadoudal, Georges. «Sainte Anne». *In*: Vies des Saints. 2.ª ed. Paris: Garnier Frères, 1854, t. III, p. 116; cf. Protoevangelio de Santiago, *op. cit.*, VI, 2, p. 140.

[16] Clá Dias, *op. cit.*, p. 132.

[17] Cf. Cadoudal, *op. cit.*, p. 116.

[18] Cf. San Juan Damasceno, *op. cit.*, n.º 5, 57.

Correcciones maternas

En el arte de instruir bien a los hijos, la reprensión por las faltas cometidas ocupa un lugar primordial. Con sabiduría singular, Dña. Lucilia supo unir, en un mismo corazón, el afecto aterciopelado de una madre y los castigos correctivos de una experta educadora.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

En la vida corriente de cualquier niño hay mal comportamiento y ocurren errores. A veces, se rompe un vaso, se estropea una tarta, se derrama la leche… Sin embargo, quienes tienen la obligación de corregir deben hacerlo por amor al orden y a la disciplina, sin dar lugar a reacciones temperamentales desproporcionadas.

Sólo existen dos maneras de corregir: por amor a Dios o por amor a uno mismo, no hay una tercera. Cuando alguien trata mal a los demás, no está amando a Dios sobre todas las cosas, como prescribe el primer mandamiento, sino que se basa en su amor propio. La fórmula más eficaz para corregir a un hijo es mediante el afecto y el buen trato, de tal forma que el niño sienta el universo de bondad que existe detrás de la reprimenda. Esto penetra en el alma más profundamente que decirlo con palabras y luego desmentirlo con acciones…

Sabiduría en la educación y en las reprensiones maternas

Ésta era la escuela de Dña. Lucilia; su egoísmo había sido sustituido por el amor a los demás y a Dios, y por eso nunca maltrataba a nadie. Al contrario, en la educación de sus hijos se mostraba paciente y benigna, dispuesta a ayudar y a perdonarlo todo. Para apreciar bien su sabiduría, basta decir que fue la formadora del Dr. Plinio. Veamos, entonces, ese fundamental papel suyo y cómo, a través de su acción, modeló el alma de su hijo, preservó su inocencia y fue la fuente de toda la virtud que más tarde él demostró. He aquí las palabras del Dr. Plinio:

«Cuando estaba con mi madre, tenía la impresión de una especie de suavidad y de ordenamiento interno que me comunicaba una sensación de tranquilidad razonable. A veces estaba preocupado o con cierto estado de espíritu que no era bueno. […] Pero, al llegar a su presencia y oírla hablar, toda mi agitación interior parecía aquietarse y asentarse; me quedaba menos apegado a las cosas que deseaba, aceptando mejor las renuncias que debía hacer y, por lo tanto, más razonable.

»Tenía la impresión de que mi madre entraba en mi alma y la ponía en orden sin que me diera cuenta, colocándome ante un estado de espíritu tan atrayente, tan suave y tan diferente del que me encontraba, que ella demolía el

Fotos: Reproducción

«Yo prestaba atención en sus reprensiones, admirado y encantado con su voz, sus ojos, su cariño, su sabiduría y su intransigencia»

Doña Lucilia en 1912; en el destacado, el cepillo de plata que usaba para corregir a sus hijos

Sumario

"castillo malo" que había en mi alma, y me sentía otro. […] Era una especie de castigo "aterciopelado", donde el "terciopelo" valía más que el castigo y me dejaba encantado… Esto lo hacía con tanta delicadeza que, después de haber hablado conmigo, salía transformado, alegre y satisfecho, percibiendo que se había dado un verdadero desbordamiento de su espíritu, por el que había obtenido de mí las modificaciones que nadie habría conseguido y había vencido todos aquellos prejuicios o inclinaciones que yo no debería tener».[1]

Equilibrio y afecto al corregir

A veces, sin embargo, cuando alguno de sus hijos cometía un error, Dña. Lucilia se sentía obligada a imponerles un correctivo más severo. Normalmente, según refería el Dr. Plinio, el modo de llevarse una reprimenda era así: como a menudo estaba enferma, solía permanecer reclinada en un sofá, por lo que llamaba a su hijo a través de la *Fräulein*. Cuando éste llegaba, lo abrazaba por la cintura y le decía:

—Hijo mío, ¿es verdad que hiciste esto, aquello y eso otro?

—Sí, mamá, es verdad.

—Pero, hijo mío, eso no está bien para un niño de tu edad, que debe ser un gran hombre en el futuro. Ofende a Dios y es una falta de educación. ¿Eres consciente de que no deberías haberlo hecho?

—Sí, mamá, lo entiendo.

—¿Te das cuenta de que hacer eso entristece a tu madre?

—Me doy cuenta.

—Ahora mereces que te regañe por ello. Ve a buscar el cepillo de plata que está en el tocador, que te voy a castigar. Pero que sepas que tu madre va a sufrir más que tú.

Plinio le llevaba el cepillo, y ella decía:

—Trae aquí tu manita.

Él extendía la mano y Dña. Lucilia le daba: ¡pam pam pam!

Reproducción

«Las dos cosas más preciosas que me legó mi madre, en el ámbito moral, fueron la bondad y la severidad sabia»

El Dr. Plinio en 1912

Después le mandaba que pusiera el cepillo en su sitio; cuando volvía, le daba un beso y le decía:

—Hijo mío, no pienses más en eso, ya pasó. Eres un niño muy bueno; ha sido una debilidad tuya. ¿Me prometes que a partir de ahora no volverás a hacerlo?

—Te lo prometo, mamá.

—Pues ya está, vete a jugar.

Usaba el cepillo con dolor en el corazón, porque le hubiera gustado no golpearle, pero lo hacía sin ninguna manifestación de sentimentalismo, comprendiendo que la ley de Dios lo exigía porque la naturaleza humana está desordenada, y si en ciertos momentos no se la hace entrar en vereda se extravía locamente. En el fondo se trataba de impedir que en el futuro el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo fuese «expulsado» del alma de su hijo a causa de un pecado.

El legado más precioso

Las reprimendas de Dña. Lucilia dejarían una huella indeleble y luminosa en el alma del Dr. Plinio:

«Las dos cosas más preciosas que me legó mi madre, no en el ámbito religioso sino en el moral, fueron exactamente, por una parte, la bondad y, por otra, la severidad sabia. […] ¡Cómo me acuerdo de sus "rapapolvos"! ¡Qué seriedad en su mirada y qué compenetración al hacer prevalecer un principio! Cuánta convicción de que si yo no conformase mi vida a esos principios, yo valdría mucho menos para ella. Veía en mí más al hijo amante de los principios que al hijo que debía quererla. Además, ¡cuánta sabiduría en sus palabras! ¡Qué voz tan seria! Al mismo tiempo ¡la bondad no estaba ausente!».[2]

Y, en otra ocasión, recordaba: «Mi madre tenía una forma única de dar una "regañina". […] Era hecho, al mismo tiempo, con lógica y afecto. Yo prestaba atención en sus represiones, admirado y encantado con su voz, sus ojos, su cariño, su sabiduría y su intransigencia».[3]

Extraído, con adaptaciones, de: Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, t. I, pp. 136-139.

---

[1] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Notas Autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2010, t. I, pp. 361-362.

[2] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 18/6/1968.

[3] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Charla*. São Paulo, 6/4/1972.

Solemnes conmemoraciones en honor a la Virgen de Fátima

Fotos: Nuno Moura

El santuario de Nuestra Señora de Fátima, de Portugal, acogió el 10 de mayo el 20.º Encuentro Nacional del Apostolado del Oratorio de María, Reina de los Corazones. Las actividades comenzaron con una meditación dirigida por el P. Ricardo José Basso, EP, seguida de una eucaristía presidida por Mons. Rui Manuel Sousa Valério, SMM, patriarca de Lisboa. Tras la celebración, se rezó el rosario y se hizo una procesión a la capilla de las apariciones.

Caieiras (Brasil)

Eduardo Injoque

Montes Claros (Brasil)

Tatiane C. Oliveira

Lauro de Freitas (Brasil)

Eduardo de Barros

Ecuador

Emilio Páez

Portugal

Nuno Moura

Colombia

Jesse Arce

España

Eric Salas

Nicaragua

Sebastián García

México

Ana Gabriela Guizar

Además de Portugal, las conmemoraciones de la festividad de Nuestra Señora de Fátima, el 13 de mayo, se llevaron a cabo en todos los lugares donde actúan los Heraldos del Evangelio. Destacamos las ceremonias realizadas en las ciudades brasileñas de Caieiras, Montes Claros y Lauro de Freitas; así como en Tocancipá, Colombia; en Madrid, España; en Cuenca, Ecuador; en Ciudad Hidalgo, México; y en Juigalpa, Nicaragua.

Celebraciones por el inicio del pontificado del papa León XIV

Fotos: Antonio Carneiro / Hugo Alves

El 18 de mayo, la Santa Iglesia se congratulaba por la misa inaugural del pontificado del papa León XIV, celebrada bajo los auspicios de la Madre del Buen Consejo de Genazzano. Miembros de los Heraldos del Evangelio presentes en el continente europeo también acudieron a la plaza de San Pedro para rendir homenaje al vicario de Cristo, rezar por sus intenciones y saludarlo calurosamente.

Fotos: Leandro Sousa / Stephen Nami

La basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras (Brasil), afiliada a la basílica papal de Santa María la Mayor, se unió a las conmemoraciones por el inicio del pontificado con una solemne eucaristía de acción de gracias, celebrada el 20 de mayo. La ceremonia empezó con la inauguración del escudo de armas del papa León XIV, fijado en el pórtico de la basílica, y concluyó con el canto del «Te Deum».

Fotos: Rogério Baldasso

Martina Cammareri

Italia – En abril y mayo, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó la parroquia de San Francisco de Asís de Campi Salentina, Lecce (foto 1), y el Hospital RSA San Luis Orione de Messina (foto 2). En ese mismo período, el Fondo de Misericordia financió el mantenimiento del taxi solidario de la comunidad de Anoia, Reggio Calabria, destinado al transporte de personas necesitadas (foto 3).

Fotos: KLP

El Salvador – El 29 de abril, en el Hotel Hilton de San Salvador, tuvo lugar una cena benéfica a favor de la construcción de la iglesia de Nuestra Señora de Fátima. El evento contó con la presencia de Mons. Luigi Roberto Cona, nuncio apostólico en el país, y el arzobispo Luis Morao Andreazza, OFM, obispo emérito de Chalatenango.

Fotos: Xavier Jacob

Paraguay – Los Heraldos del Evangelio participaron, el 27 de abril, en la celebración del Domingo de la Divina Misericordia en la parroquia de San Juan María Vianney, de Lambaré. El coro de la institución cantó durante la misa y animó la procesión que, poco después, recorrió las calles aledañas.

Sergio Céspedes

Alexandre Machado

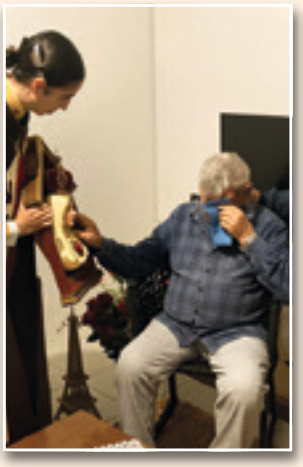
Ivano Gavilanes

Ronny Fischer

Mariana de Oliveira

Wilfredo Sabillon

Retiros y «Tardes con María» – De marzo a junio se llevaron a cabo diversas actividades destinadas a la formación doctrinaria y el progreso espiritual de quienes ya se han consagrado como esclavos de amor a la Santísima Virgen. En las fotografías, la clausura de sendos retiros en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, de Cotia, Brasil (1), y en el oratorio de Nuestra Señora de la Reconquista, de El Retiro, Colombia (3); y las «Tardes con María» realizadas en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo, de Piraquara, Brasil (2), y en la Iglesia de Nuestra Señora de los Clarísimos Montes, de Montes Claros, Brasil (5), así como en Puebla, México (4), y en Siguatepeque, Honduras (6).



Fotos: Isabel Bogado

Brasil – Hermanas de la rama femenina de los Heraldos del Evangelio realizaron una misión mariana en cinco comunidades de la ciudad de Jaraguá do Sul, de abril a junio. El oratorio del Inmaculado Corazón de María visitó hogares y comercios, llevando las bendiciones de la Madre de Dios.

El santo abandono

¿Y el día de mañana?

Rodeados de todo tipo de comodidades, preferimos no afrontar una cuestión tan espinosa… Sin embargo, hay una llave que abre las puertas a una serenidad insospechada en medio de las más terribles incertidumbres.

Leandro Souza

Hna. Diana Milena Devia Burbano

El simple enunciado de la pregunta que encabeza este artículo nos perturba. Nos inquieta por la incertidumbre que tenemos en relación con la respuesta, nos hace dudar de los planes que hemos elucubrado para el futuro, derriba las fortalezas más poderosas construidas sobre sueños y cimentadas en ilusiones… Saber con exactitud lo que ocurrirá mañana es algo que ningún hombre, por poderoso o rico que sea, se siente capacitado.

Analicemos, por ejemplo, la situación de uno de nuestros lectores. Podemos afirmar, con pocas probabilidades de error, que si en este momento está leyendo estas líneas es porque se encuentra en un entorno seguro. Sentado en un sofá, en un banco del parque, en el metro o quizá esperando en una cola que no avanza todo lo rápido que le gustaría, recorre tranquilamente las páginas de la revista.

Una persona sensata no prevería, mientras lee, la posibilidad inminente de morir en un atentado terrorista o en una explosión nuclear. Sin embargo, podría estallar hoy una guerra y mañana ser objeto de un ataque: nuestras vidas acabarían en una fracción de segundo, como terminaron las de tantos habitantes de Hiroshima, transformados literalmente en sombras durante el curso de una simple fisión nuclear…

¿Es descabellado considerar tal hipótesis? ¿Acaso los días que vivimos no demuestran la verosimilitud de estas circunstancias? Si nos quedamos una vez más inseguros, todos llegamos a la misma conclusión: la respuesta podría ser afirmativa…

Una preocupación de todos los tiempos

La incertidumbre sobre el día de mañana es motivo de preocupación para todas las personas, de cualquier edad y de cualquier época. Los profesionales piensan en los retos a los que se enfrentarán en el siguiente día de trabajo para mantener a sus familias, los jóvenes se preocupan por los exámenes a los que se presentarán, e incluso un niño pequeño soñará con conseguir esas golosinas que hoy no ha podido saborear.

Y esto no es un problema exclusivo del atribulado hombre moderno. Si miramos al pasado, veremos que la misma aprensión ha acompañado a la humanidad desde sus albores. En efecto, cuando Adán fue expulsado del paraíso a una tierra maldita por su pecado, debió sufrir en cada jornada la angustia de sacar de ella el sustento con el sudor de su frente, esperando en la misericordia del Señor, que le daría así los medios para expiar su falta. El Génesis, aunque sucinto, deja muy claro que el castigo de nuestro primer padre, y en él el de la humanidad, duraría «mientras viva» (3, 17).

Se abría entonces para el ser humano un doble camino: tirar por la senda de la desesperación, ante la perspectiva incierta del mañana; o bien, en esa misma incertidumbre, recorrer las vías de la confianza en Dios.

¿Pensar o no en el mañana?

Analicemos por un momento nuestro entorno. ¿Se ha dado cuenta, lector, que nuestro siglo ha sido despojado de la contingencia amorosa que nos conectaba con el Creador?

La humanidad hodierna desconoce lo que significa confiar en la Providencia y no sabe aceptar con resignación los bienes y los males que se le presentan, porque el mundo ha logrado mentirosamente ocupar el lugar que le correspondería al Señor. Hemos perdido la serenidad ante la vertiginosa velocidad de las comunicaciones y del transporte modernos; hemos olvidado el hábito de la paciencia y, sobre todo, de la morti-

ficación, hundidos en las comodidades que han invadido la vida cotidiana; incluso hemos suprimido la esperanza en el auxilio celestial por las facilidades que el mercado mundial nos ofrece… ¿Por qué nos sigue asustando el *mañana*? Porque nuestra voluntad no está de acuerdo con la de Dios, y nuestra seguridad radica en los bienes materiales.

Narra la Sagrada Escritura que el justo Job perdió en un instante hijos, bienes, rebaños, salud y su bienestar. Y su respuesta a tantos infortunios marcó indeleblemente la historia por la docilidad que mostró: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor» (Job 1, 21). ¿Alguien en la actual sociedad sería capaz de responder así ante la más mínima prueba?

Pero si encaramos todas las cosas que nos suceden de un modo sobrenatural, llegaremos a la conclusión —con la que el mundo nunca estará de acuerdo, desgraciadamente— de que a menudo los males no son males, los bienes no son bienes; hay desdichas que son golpes de misericordia y éxitos que son un verdadero castigo.

Según San Alfonso María de Ligorio, he aquí la clave para no zozobrar en la vida, que presenta incertidumbres, contrariedades e imprevistos: «La dificultad está en abrazar la voluntad de Dios en todas las cosas que sobrevengan, ya prósperas, ya adversas a nuestros apetitos. […] No debemos, pues, considerar los trabajos que nos sobrevengan como hijos del acaso o de la culpa de los hombres, sino que debemos estar íntimamente convencidos que todo cuanto acontece, acontece por voluntad divina».[1]

Por lo tanto, la conformidad con la voluntad de Dios es la mejor clave para afrontar el futuro.

La entrega del «hoy»

En cambio, el hombre moderno, en su angustiosa tarea de predecir el mañana, acaba olvidando que vive en el *hoy*… y que debería analizarlo a la luz de la eternidad. «El acaso es más que una palabra»,[2] recuerda Dom Vital Lehodey, pues la Divina Providencia es la que dirige los grandes acontecimientos del mundo y los pequeños incidentes de nuestra vida. Somos hojas de papel en blanco en las que Dios escribe sus designios día tras día; lo que nos parece confuso, absurdo y a veces hasta contradictorio tiene en Él todas las razones, pesos y medidas, y exige de nosotros una conformidad filial, así como una disposición incondicional a cumplir su voluntad.

G. Garitan (CC by-sa 4.0)

La respuesta de Job a tanto infortunio: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor», marcó la historia. Hoy, ¿la sociedad respondería así a la mínima prueba?

El justo Job, «Libro de horas de Enrique II» - Biblioteca Nacional de Francia, París

En la parábola de las vírgenes prudentes (cf. Mt 25, 1-13) vemos cuán decisivo puede ser este factor para la perseverancia. Diez jóvenes esperaban al esposo. Ninguna imaginaba que llegaría a medianoche, y todas acabaron durmiéndose. Sus lámparas ardían en ese momento, y las que habían sido previsoras llevaron consigo unas alcuzas de aceite para rellenarlas más tarde. Estaban listas para recibirlo, pero no afligidas por el *mañana*, ni siquiera por lo que pudiera suceder tras horas de espera. Si lo hubieran estado ¡habrían cargado con auténticos barriles de aceite!

Las vírgenes prudentes habían pensado en el *ahora*: «Si llega ahora estoy lista, tengo aceite de sobra y podré seguirlo adondequiera que vaya». Las necias, en cambio, no pensaron ni en el ahora ni en el mañana… Durmieron mientras titilaban los últimos jadeos de sus lámparas, demostrando que nunca estuvieron realmente preparadas para la llegada del esposo.

En las prudentes tenemos un ejemplo sencillo y una regla segura para la vida: en el día de *hoy*, «hacer lo que Dios quiere que hagamos, y […] hacerlo como Él quiere que lo hagamos»,[3] confiando en que el Señor completará lo que por debilidad nos falte *mañana*.

Eso es lo que significa tener el *hoy* preparado. ¿Durarán mucho las dificultades? ¿Seremos fieles? ¿Resistiremos las pruebas que vendrán? No lo sabemos, pero lo que Él quiera de nosotros *hoy*, debemos estar dispuestos a ofrecérselo.

El secreto de la Virgen fiel

Así fue la vida de María Santísima. ¿Podría haber alguien con más motivos que Ella para preocuparse por el mañana, después de recibir la noticia de que sería la madre del Mesías? Cuántas incerti-

dumbres, cuántas perplejidades, cuántos desmentidos veía cernirse sobre el futuro, mientras San Gabriel le anunciaba el acontecimiento más grande de la historia… Sin embargo, ninguna inquietud dominó su espíritu «lleno de gracia», y la respuesta que brotó de sus labios fue un canto de conformidad: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

Deseó que la voluntad de Dios se hiciera en Ella, tal como se cumple en el Cielo, y a cambio Dios hizo la voluntad de Ella mientras estuvo aquí en la tierra… ¡Con cuánto abandono vemos al Niño Jesús dejarse llevar en los brazos de esta buenísima madre! A Él no le preocupa saber adónde va, por qué va, si va deprisa o despacio…, le basta con estar en los brazos de María para tener la certeza de que sigue las vías de la Providencia.

El santo abandono fue el secreto tanto de la Madre como del Hijo: «No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. […] Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su desgracia» (Mt 6, 31-32.34).

El santo abandono a la Providencia

El santo abandono, en palabras de Dom Lehodey, «es una unión total, una especie de uniformidad de nuestra voluntad con la de Dios, hasta el punto de estar dispuestos de antemano a lo que Dios quiera y a recibir con amor todo lo que Él haga. Antes del acontecimiento, es una espera pacífica y confiada; después, es sumisión amorosa y filial».[4] No obstante, tal abandono exige algunas condiciones previas: desapego de todas las criaturas, fe viva y confianza absoluta en la Providencia.[5]

«Vivamos cada cual su minuto, cada cual su momento, y Nuestra Señora nos sostendrá en cada instante»

Nuestra Señora de la Divina Providencia – Colección privada

Por otro lado, conviene subrayar que el mismo Dios que nos anima a depositar en Él toda nuestra confianza, «no le permite a nadie la imprevisión ni la pereza».[6] El alma debe prever lo que está a su alcance y hacer laboriosamente lo que depende de su acción, reservando al Señor el éxito o el rechazo de sus peticiones, aceptar con amor todo lo que Él decida y permanecer serena antes y después de los acontecimientos. De este modo, «el abandono no dispensa de la prudencia, pero sí proscribe la agitación».[7]

He ahí la clave para obtener la paz de alma, el equilibrio de espíritu, la alegría del corazón: la conformidad con la voluntad de Dios llevada hasta la sublime cumbre del abandono en sus manos.

La respuesta para el día de mañana

Por último, cabe añadir unas palabras del Dr. Plinio dirigidas a sus jóvenes seguidores. Profundo conocedor de las deficiencias de la generación actual, les enseñó un secreto, que hoy responde y complementa nuestra cuestión. Grabemos a fuego en nuestras almas este consejo, afrontemos el *hoy* de una manera diferente y, en cuanto al *mañana*, vivamos con la esperanza de alcanzar esa feliz indiferencia con la que los santos arrostran el futuro:

«Hay determinadas situaciones en las que es una prevaricación pensar en el día de mañana. ¡Pensemos en la eternidad! En cuanto al día de mañana, pidámosle a Nuestra Señora que piense en él por nosotros. Si la Santísima Virgen quiere que haya un día de mañana, roguémosle que tenga la bondad de prepararnos para él de acuerdo a su gloria y las ventajas de nuestra alma. En cuanto a lo demás, ¡no pensemos en ello! Para nosotros, el día de mañana es la batalla, pero incluso en ésta vale la pena pensar. Vivamos cada cual su minuto, cada cual su momento, y Nuestra Señora nos sostendrá en cada instante. Entonces venceremos».[8]

---

[1] San Alfonso María de Ligorio. *Conformidad con la voluntad de Dios*. 3.ª ed. Barcelona: Pons y C.ia, 1853, pp. 21; 26.

[2] Lehodey, ocso, Vital. *Le saint abandon*. 7.ª ed. Paris: Gabalda, 1935, p. 520.

[3] Rodríguez, sj, Alonso. *Ejercicios de perfección y virtudes cristianas*. Barcelona: Librería Religiosa, 1861, t. I, p. 147.

[4] Lehodey, *op. cit.*, p. 82.

[5] Cf. *Idem*, pp. 519-520.

[6] *Idem*, p. 42.

[7] *Idem*, p. 44.

[8] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 27/6/1988.

… por qué los católicos rezan de rodillas?

Considerada como un comportamiento bárbaro y despreciada por la cultura grecolatina, la genuflexión no tenía mucho valor en la Antigüedad. No es difícil comprender la implicación: ¿cómo arrodillarse ante deidades paganas, seres caprichosos de los que se buscaba su simpatía únicamente para obtener ciertos beneficios personales? Los hombres se rebajarían —y lo sabían— a los pies de esos trozos de piedra, madera o metal.

Sólo el pueblo que conoció al Dios verdadero pudo concebir la postura más conveniente para adorarlo. De hecho, en la genuflexión —costumbre originaria de la cultura israelita— está condensada una visión teológica: las rodillas, que soportan el peso de todo el cuerpo, simbolizan la fuerza; por consiguiente, doblarlas significaba humillarse ante el Dios vivo y reconocer que nuestro todo es nada sin Él.

Heredero de la antigua alianza, el Nuevo Testamento se refiere a la genuflexión cincuenta y nueve veces. De todas ellas, la más sublime es la que menciona San Lucas al narrar la agonía del Señor en el huerto de los olivos: «*Arrodillado*, oraba diciendo: "Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz"» (Lc 22, 41-42).

La costumbre de arrodillarse, asimilada por los cristianos desde los primeros siglos, perdura hasta nuestros días. Sin embargo, es muy probable que esta postura no concuerde con los sofismas igualitarios predicados en el mundo contemporáneo, pues a medida que la humanidad se desvía de la verdadera fe, se vuelve incomprensible el estar de rodillas.

Siendo ésta la posición ideal para la oración, la Santa Iglesia prescribe que el fiel, salvo causas razonables que lo dispense, se arrodille siempre ante el Santísimo Sacramento y, durante la misa, en el momento de la consagración (cf. *Instrucción general del Misal Romano*, n.º 43; 274).

Quien se coloca en estado de reverencia ante el Supremo Bien será grande a los ojos de Dios. ✣

Leandro Souza

Rezo del rosario - Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

… por qué la figura del pez es un símbolo de Nuestro Señor Jesucristo?

En el paraíso, Adán le dio a cada animal un nombre según su función en la creación (cf. Gén 2, 19). Pero probablemente nuestro primer padre ni siquiera sospechaba que varios de esos seres vivos se convertirían en símbolos del Nuevo Adán.

En efecto, Jesucristo es el León de Judá expulsando a los mercaderes del Templo y el Cordero inmolado en el calvario. En sus propias palabras, se asemeja a la gallina que reúne bajo sus alas a los polluelos dispersos (cf. Mt 23, 37) y a la serpiente elevada en el desierto para la salvación de los hebreos (cf. Jn 3, 14). Además, la piedad de los fieles lo ha asociado con el pelícano en la Eucaristía y… con el pez.

Reproducción

Pan eucarístico y pez - Catacumba de San Calixto, Roma

Pero ¿en qué se parecen el pez y el Hombre-Dios?

En los primeros siglos del cristianismo, debido a las sangrientas persecuciones, los católicos tuvieron que ocultar su condición, practicando la religión a escondidas, hasta el punto de tener que celebrar la misa en las catacumbas. En esta vida clandestina, empezaron a crear códigos y signos para identificarse.

Dichas figuras tenían que ser absolutamente indescifrables. Y así, el pez fue un gran hallazgo, pues aún hoy mucha gente no sabe interpretar su significado.

En griego, lengua de uso común por entonces, *pez* se escribe *ikhthýs*. Ahora bien, éstas son las iniciales de las palabras *Iesoûs Khristòs Theoû Huiòs Sotér* (Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador), escritas en caracteres griegos.

De este modo, en la época de las catacumbas, ese animal acuático, aparentemente tan inocuo, se convirtió en símbolo de Cristo y en signo de identificación para sus seguidores. ✣

Ornato y luz primordial

El hombre se vestirá, por fuera, a imagen de las virtudes que lo habitan por dentro, conforme a su vocación de ser un auténtico reflejo del Creador.

Santiago Vieto Rodríguez

Una sabia enseñanza del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira indica el doble propósito de la indumentaria: cubrir el cuerpo y revelar el alma. El oficio de hacer vestidos es tan elevado que el propio Dios quiso confeccionarlos para la primera pareja, alcanzada por las consecuencias del pecado (cf. Gén 3, 21).

Desde la más remota antigüedad —en un caleidoscopio tan variado como numerosas son las naciones que existen en el orbe— la ornamentación del cuerpo humano ha jugado un papel eminente, revelando en la sofisticación y belleza de los atuendos el nivel cultural y moral alcanzado por cada pueblo.

Considerando que los griegos denominaban *cosmos* al universo, en el sentido de *ornamento*, San Hilario de Poitiers[1] propone que lo entendamos como el ornato de Dios. Santo Tomás de Aquino, por su parte, afirma que el hombre «tiene cierta semejanza con el universo, y por eso se le llama microcosmos».[2] La humanidad constituye, pues, el adorno del universo (cf. Gén 1, 27), lo que parece conferir a la costumbre de ataviarse un carácter casi sagrado y revelador de los aspectos más elevados del alma y de la sociedad.

De hecho, siempre hemos usado telas, piedras y metales para adornarnos, pero en tiempos pasados este hábito poseía una dimensión hoy insospechada, eminentemente metafísica. Para la mentalidad medieval, por ejemplo, existía una correlación entre las gemas y los astros: las piedras preciosas eran las estrellas que Dios ponía a nuestro alcance, mientras que las estrellas eran las piedras preciosas con las que Él adornaba el universo sideral.[3]

Por lo tanto, se consideraba que la cosmética —cuyo significado original comparte la raíz griega de *cosmos*, que significa *orden*, pero también *disponer* y *vestir*— debía garantizar la armonía entre el microcosmos, que es el hombre, y el macrocosmos, representado por el firmamento. En consecuencia, se consideraba que las piedras no debían usarse arbitrariamente como adornos, sino que era necesario respetar patrones simbólicos en los que la jerarquía, la riqueza y la variedad de formas —manteniendo algo de unitivo y permanente— resaltaran el carácter único de cada ser humano.

En este sentido, el Dr. Plinio[4] acuñó la expresión «luz primordial» para designar cada vocación específica —tanto de individuos como de colectividades— de reflejar, dentro de los límites de la criatura, las maravillas existentes en Dios en grado infinito. Se llaman «luces» porque son modalidades peculiares de la luz divina, y «primordiales» porque deben constituir el principal objeto de atención de quienes las reciben, como su principal camino de santificación.

Algo de esto lo encontramos, precisamente, en la pulcritud de las vestimentas tradicionales de los pueblos. En la medida en que hay fidelidad al designio divino, aparecen como reflejos de la «luz primordial» que cada nación está llamada a manifestar, conforme a su psicología, su historia y sus características culturales. En las sociedades católicas, esta realidad no era privilegio de las minorías: los trajes típicos del pueblo llano, al igual que los de las élites, tenían rasgos propios y pintorescos, con refinamientos de belleza, elegancia y distinción, según las diferentes regiones. Y tal costumbre elevaba a toda la sociedad en su conjunto.

Incluso en nuestro mundo globalizado, observamos que cuando alguien busca identificarse con su pueblo de origen, no viste un traje actual, sino uno que, en tiempos pasados, alcanzó cierta excelencia de belleza y afinidad con los mejores valores morales de su cultura. Las fiestas nacionales, por ejemplo, son una de las raras ocasiones en las que escapamos de la masificante dictadura de la moda para regresar a lo maravilloso que, por su excelencia, participa de lo perenne.

Es comprensible, pues, que haya quien defina la moda como aquello que se adopta cuando no se tiene una identidad propia, ya que —como se ha explicado antes— seguir patrones arbitrarios, fundamentándose únicamente en el mimetismo, es indicio de una profunda falta de conocimiento sobre uno mismo.

Afirmaba Chesterton: «El cristianismo siempre está fuera de moda porque siempre es cuerdo; y todas las modas son ligeras demencias. Cuando Italia está loca por el arte, la Iglesia parece demasiado puritana; cuando Inglaterra está loca por el puritanismo, la Iglesia parece demasiado artística. [...] La Iglesia siempre parece ir por detrás de los tiempos, cuando en realidad va más allá de los tiempos».[5]

Nuestra patria es el Cielo, donde estaremos libres de las contingencias del tiempo y del carácter crónicamente fugaz —y siempre caduco— de las cosas

Kaikourasanctuary (CC BY-SA 4.0)

terrenales. Así pues, la recuperación del sentido metafísico del ornato del hombre podrá devolvernos criterios de belleza basados en el Bien absoluto, resaltando la dimensión social de las luces primordiales individuales: el hombre se vestirá, por fuera, a imagen y semejanza de las virtudes que lo habitan por dentro, conforme a su vocación de ser un auténtico reflejo del Creador. ✣

---

[1] Cf. San Hilario de Poitiers. *De Trinitate*. L. I, n.º 7: PL 10, 30.

[2] Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. Suppl., q. 91, a. 1.

[3] Cf. Bucklow, Spike. *The Alchemy of Paint*. Sheffield: Marion Boyars, 2009, p. 218.

[4] Con respecto a este tema, véase: Clá Dias, ep, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, t. iv, pp. 52-54.

[5] Chesterton, Gilbert K. *The Ball and the Cross*. New York: John Lane, 1909, p. 148.

Kergourlay (CC by-sa 4.0)

XIIIfromTOKYO (CC by-sa 3.0)

Wymysojer (CC by-sa 4.0)

Rosino (CC by-sa 2.0)

Rafa Esteve (CC by-sa 4.0)

Turol Jones (CC by 2.0)

Wakanmuri (CC by 2.0)

Trajes típicos de varias naciones:
1 y 2. Bretaña (Francia); 3. Wilamowice (Polonia);
4. Viana do Castelo (Portugal); 5. Valencia (España);
6. Ansó (España); 7. Kyoto (Japón)

Sumario

Reproducción

Autoridad santa y perfecta unión

Siempre consideré a mis padres unos santos. Sentíamos por ellos un profundo respeto y admiración. A veces me preguntaba si podría haber alguien como ellos en la tierra. Al menos, no lo encontraba a mi alrededor.

Mi madre sentía por mi padre tanta admiración como afecto, y le dejaba ejercer plenamente su autoridad realmente patriarcal.

Mi padre nos hablaba a menudo de nuestra «santa madre», como él la llamaba. Ella, por su parte, escribía a su hermano: «¡Qué hombre santo es mi marido! Les deseo uno igual a todas las mujeres».

La unión perfecta de estos padres modelo estaba siempre orientada hacia el pensamiento de la vida eterna.

Leonia Martin. «La madre de Santa Teresa del Niño Jesús»; Celina Martin. «El padre de Santa Teresa del Niño Jesús».

Santos Luis y Celia Martin, padres de Santa Teresa del Niño Jesús